

J ESTUDIOS ALISCIENSE S

50

Noviembre de 2002

Escritores de Jalisco

INTRODUCCIÓN

Agustín Vaca

CARLOS GUZMÁN MONCADA

Manuel Puga y Acal y la crítica de su tiempo

JUAN LÓPEZ

Don Victoriano Salado y don Tertuliano Álvarez

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

Una novela sobre los orígenes de Guadalajara

ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO

Cuando todo se ha dicho...

JAIME OLVEDA

Al filo del agua: 50 años después



50

J ESTUDIOS ALISCIENSE S

Revista trimestral de El Colegio de Jalisco

EDITORES

José María Murià, Jaime Olveda y Agustín Vaca

ADMINISTRADORA

Angélica Peregrina

APOYO TÉCNICO

Patricia Arellano

CONSEJO EDITORIAL

Juan Manuel Durán (Universidad de Guadalajara); Claudi Esteve Fabregat (Universidad de Barcelona); Enrique Florescano (Instituto Nacional de Antropología e Historia); Jean Franco (Universidad de Montpellier); Antoni Furió (Universidad de Valencia); Maryse Gachic-Pineda (Universidad de Tours); Moisés González Navarro (El Colegio de México); Salomó Marqués (Universidad de Girona); José Luis Martínez (Academia Mexicana de la Lengua); Eugenia Meyer (Universidad Nacional Autónoma de México); Pedro Tomé (Universidad de Salamanca)

Noviembre 2002

Escritores de Jalisco

INTRODUCCIÓN

Agustín Vaca 3

CARLOS GUZMÁN MONCADA

Manuel Puga y Acal y la crítica de su tiempo 6

JUAN LÓPEZ

Don Victoriano Salado y don Tertuliano Álvarez 25

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

Una novela sobre los orígenes de Guadalajara 36

ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO

Cuando todo se ha dicho... 47

JAIME OLVEDA

Al filo del agua: 50 años después 61

Asociados numerarios de El Colegio de Jalisco:

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología
Gobierno del Estado de Jalisco
Universidad de Guadalajara
Instituto Nacional de Antropología e Historia
El Colegio de México, A.C.
Ayuntamiento de Guadalajara
Ayuntamiento de Zapopan
El Colegio de Michoacán, A.C.

Estudios Jaliscienses

La responsabilidad de los artículos es estrictamente personal de los autores. Son ajenas a ella, en consecuencia, tanto la revista como la institución que la patrocina.



El Colegio de Jalisco
5 de Mayo 321
45100 Zapopan, Jalisco
México

Introducción

La afortunada coincidencia de la puesta en circulación del número cincuenta de *Estudios Jaliscienses* con el vigésimo aniversario de la fundación de El Colegio de Jalisco brinda, a los que tenemos relaciones con ellos, doble motivo de regocijo: ni el uno ni la otra sufrieron la muerte prematura que en este país todavía aqueja a menudo a establecimientos y publicaciones similares, y ambos dan señas claras de una saludable madurez.

Veinte años de vida institucional y cincuenta entregas puntuales de la revista merecen conmemorarse, aun modestamente. Con este propósito, hemos decidido hacer algunos cambios en la presentación de nuestra publicación trimestral, mismos que por su evidencia no tiene caso pormenorizar aquí. Lo que sí es imperativo remarcar, es que mantendremos el mismo celo vigilante que se ha tenido, desde el número de arranque de *Estudios Jaliscienses*, en lo que toca a la calidad de lo que contienen sus páginas interiores.

Es por eso que aquí refrendamos el compromiso de publicar sólo textos inéditos que resulten de investigaciones originales y que, por lo mismo, contribuyan a ensanchar los horizontes del conocimiento sobre el Occidente de México, en general, y acerca de Jalisco, en particular.

Una rápida ojeada al *Índice* de los primeros cuarenta números, permitirá a los interesados darse cuenta de que a lo largo de las entregas precedentes y hasta la actual, *Estudios Jaliscienses* ha mantenido una palpable pluralidad en sus miras que ha posibilitado, con frecuencia, el análisis de un mismo asunto desde los más diversos ángulos disciplinares, logrando así ofrecer una visión panorámica a la vez que profunda del avance del saber acerca de esta región mediante el empleo de la amplia gama de las ciencias humanas, incluidos aquí los estudios literarios, los musicales y sobre artes plásticas.

Es evidente que los artículos que hemos publicado en torno de estas últimas disciplinas, sobrepasan el terreno de los juicios subjetivos y el de la sola apreciación artística, para ubicarse en la cada vez mejor cimentada interpenetración entre aquéllas y las ciencias sociales, en tanto que formas complementarias del conocimiento histórico social.

Por eso, ninguno de los autores de los ensayos aquí conjuntados, se ha limitado al mero análisis textual ni a realzar los logros estilísticos o estéticos que alcanzaron los escritores de que se ocupan. Así, Carlos Guzmán Moncada, en su artículo sobre Manuel Puga y Acal, además de poner en tela de juicio el lugar común de que en México la crítica literaria no ha llegado a ejercerse con toda plenitud como profesión, expone una minuciosa documentación para fundamentar las causas concretas que impulsaron a uno de los primeros y más importantes críticos mexicanos del siglo XIX a abandonar ese aspecto de su trabajo intelectual.

Si bien Juan López prescinde de todo aparato erudito en su ensayo acerca de Victoriano Salado Álvarez, esto no significa que el resultado sea una aproximación

superficial. Antes bien, arma un relato en el que se entreveran las vicisitudes íntimas con las materiales que enfrentó ese escritor, al mismo tiempo que destaca la influencia que Salado Álvarez fue capaz de ejercer en la literatura nacional.

Crítico e historiador él mismo, José Luis Martínez sabía bien lo que hacía al abordar una novela de Manuel J. Aguirre, *Guadalajara, ciudad errante*. Al hacerlo, revalora los méritos literarios de un escritor y una novela prácticamente desconocidos, y destaca el servicio mutuo que pueden prestarse ambos géneros de escritura, cuando se respetan las particularidades de cada uno y se sabe la manera de combinarlos para lograr un conocimiento más adecuado de la sociedad en una época determinada.

En 1994 El Colegio de Jalisco editó *Oratio Doctoralis: últimos escritos*, libro que su autor, Antonio Gómez Robledo, alcanzó a tener en sus manos pocos meses antes de morir. Ahora, ocho años más tarde, a *Estudios Jaliscienses* cabe la satisfacción de publicar un texto inédito que el mismo Gómez Robledo redactó en 1982 con motivo del segundo aniversario de la muerte de Agustín Yáñez. Escrito con todo el sentimiento doloroso que provoca la muerte de un amigo íntimo, el texto de Antonio Gómez Robledo se aleja del panegírico forzado para revelar las influencias, afanes y afinidades intelectuales que, además de las sentimentales, unieron a los dos escritores durante los años que pasaron juntos en su Guadalajara natal. Salta a la vista, pues, la doble importancia de este ensayo que, carente de título, le hemos puesto como tal las palabras iniciales del mismo, con el objeto de no desfigurarlo con otro que resultara poco adecuado.

Jaime Olveda cierra este número con otro artículo no en torno de Agustín Yáñez sino de *Al filo del agua*, obra que, a decir del mismo Olveda, ofrece aspectos sorprendentes en cada lectura que de ella se haga, y lo que a él impresionó fue el miedo subyacente en los habitantes del pueblo donde tiene lugar la acción de esa novela. Pero además, Olveda remata su escrito con una revisión a la obra colectiva *Al filo del agua: cincuenta años después*, misma que le sirve para apoyar sus propios descubrimientos.

Ciertamente, los escritores aquí analizados difieren en los géneros de escritura a que dedicaron sus esfuerzos, así como los propios autores de cada uno de los artículos que integran este número de *Estudios Jaliscienses*, tuvieron distintos motivos para hacerlos. Pero aunque centrados en un escritor en particular, el conjunto de los cinco trabajos permite seguir con cierta precisión los cambios en las condiciones culturales, sociales y políticas que se sucedieron en Jalisco y en la Ciudad de México a lo largo de un periodo que va desde el Porfiriato hasta la Cristiada.

Tenemos confianza, pues, en que esta entrega cumplirá con los objetivos generales que perseguimos en *Estudios Jaliscienses*. Pero como hablar bien de las tareas propias invita a los demás a desconfiar de la justeza de los pareceres expresados, queda a los receptores de nuestra publicación el privilegio de juzgar acerca de su calidad, no sin decir que a nosotros, lejos de toda falsa modestia, la tarea nos deja la grata sensación de contribuir a la difusión del conocimiento histórico social de esta región.

Manuel Puga y Acal y la crítica de su tiempo

Carlos Guzmán Moncada

Uno de los lugares comunes más reiterados a lo largo de lo que podría llamarse una historia de la crítica literaria en México consiste en afirmar que aquí no hay o, en el mejor de los casos, apenas si ha habido algo que pueda calificarse sin ambages de crítica literaria. Para algunos, los más optimistas, la revisión de una nómina improvisada de escritores, historiadores o polígrafos que la han ejercido a lo largo de los siglos XIX y XX es muestra suficiente de la falsedad de ese aserto. En cambio, para otros más pesimistas, la sola confección de semejante lista constituiría la prueba más evidente de que poco o mal puede historiarse el ejercicio del criterio en la literatura mexicana. Porque aunque en ella abunden los nombres de poetas y novelistas que han reflexionado sobre el quehacer literario propio o ajeno, así como una multitud de arqueólogos y restauradores académicos del pasado documental, amén de incontables reseñadores más o menos ocasionales, escasea la figura del crítico puro. Y así, poca o ninguna autoridad y autonomía histórica podría tener lo que no ha sido sino una actividad subsidiaria, concomitante o ancilar de la literatura, la historiografía o el periodismo cultural.

Más que plantear una oposición irreductible, este lugar común expresa uno de los tópicos constitutivos del ejercicio de la crítica literaria mexicana prácticamente desde sus orígenes, en el siglo XIX, y acompaña su desarrollo a lo largo de sus distintas etapas de conformación hasta el día de hoy. Si la contradicción inherente que manifiesta este lugar común es señal de la

inestabilidad del campo de discusiones en que la crítica literaria ha tenido que ganar un espacio propio, la tensión entre las diversas respuestas que genera es síntoma de su vitalidad y de su validez siempre puesta a prueba. En todo caso, más que enfrentar dos visiones excluyentes, el tópico señala una carencia compartida, una misma necesidad: la de hacer crítica de la crítica; la de estudiarla en su doble carácter de lectura pública y privada, deudora de las lecturas de otros, expresión de una sensibilidad e inteligencia particulares, generadora de lecturas venideras. Y por lo mismo, apunta a la superación de cualquier clase de encasillamiento historiográfico que limite su estudio al listado de obras y méritos o bien a la supresión de su historicidad, e invita a la recuperación y reconstrucción documental de todos aquellos testimonios que nos permitan entender cuáles son los problemas literarios y los procedimientos que en verdad constituyen las etapas fundamentales de la historia de la crítica.

Es en este sentido que, sobre todo en los últimos años, se ha llevado a cabo el estudio conjunto y detallado de las aportaciones críticas e historiográficas pertenecientes al siglo XIX mexicano, así como la reedición de muchos de los materiales —a menudo de muy difícil acceso o en deficiente estado de conservación— imprescindibles para formular valoraciones de primera mano y, si es el caso, para reescribir más de un tópico al uso o una verdad a medias. Esta necesidad es la que ha alentado el trabajo de algunos investigadores de la capital y de diversas regiones del país en esta materia, y fue la que me llevó a reunir una serie de documentos relacionados con el ejercicio del criterio practicado en Jalisco y en la Ciudad de México a lo largo del siglo XIX.¹ Pese a ser sólo una cala parcial e insuficiente en el tema, creo haber mostrado que, en la conformación de un campo de discusión de las letras mexicanas de esa época, resulta innegable el esfuerzo y la dedicación a la crítica de numerosos escritores del occidente de México, entre quienes cabe destacar a José María Vigil, Salvador Quevedo y Zubieta, Manuel Puga y Acal, José López

1. *Las voces del espejo*. Reflexiones literarias jaliscienses del siglo XIX. Estudio preliminar, selección y notas de Carlos Guzmán Moneada. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 2000.

Portillo y Rojas y Victoriano Salado Álvarez (un esfuerzo que, en el siglo xx, han mantenido otros jaliscienses eminentes, como Carlos González Peña, Francisco González Guerrero, Emmanuel Carballo, Antonio Alatorre y José Luis Martínez, por citar sólo los nombres más conspicuos). Además de ser jaliscienses por su lugar de nacimiento, activistas políticos y literarios desde muy temprana edad, impulsores y colaboradores de algunas de las publicaciones tapatías más importantes del siglo xix, escritores como Vigil, Quedo y Zubieta, Puga y Acal, López Portillo y Rojas y Salado Álvarez, aun antes de su traslado temporal o definitivo a la Ciudad de México, fueron también protagonistas de la discusión crítica mantenida en y desde la capital del país a través de revistas y diarios, de *El Siglo xix*, *La Ilustración Mexicana* y *El Renacimiento* a *La Juventud Literaria*, *El Partido Liberal*, *El Universal*, la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, *El Pabellón Nacional* y la *Revista Moderna*, por citar sólo algunos de los títulos decimonónicos más relevantes.

En este sentido, creo haber señalado en *Las voces del espejo* que el estudio pormenorizado de sus trayectorias intelectuales sirve para entender que el proceso de conformación histórica de la crítica y, sobre todo, de la difusión de las ideas literarias en el México del xix supone algo muy distinto a la reducción, en una yuxtaposición simplista, entre unos modelos centrales y otros periféricos, entre otras razones porque los fenómenos literarios, así como la difusión y discusión de ideas, difícilmente pueden ser reducidos a límites geopolíticos e incluso al trazado de una región cultural definida *a posteriori*, y además porque muchos de quienes, como ellos, participaron en la vida literaria “provinciana” decimonónica, fueron a la vez protagonistas de primer orden en el medio capitalino: una obviedad que, sin embargo, sigue planteando algunos problemas de interpretación y documentación que vale la pena atender. Y si bien la vida y la obra de algunos de ellos han sido objeto de investigaciones literarias o de recuperaciones documentales posteriores más o menos

2. En su ensayo "Manuel Gutiérrez ante un crítico de su tiempo", Luis Mario Schneider dejó comenzada la tarea de datación, de acuerdo con el orden de aparición en la prensa diaria, de los textos que compusieron más tarde *Los poetas mexicanos contemporáneos*; una tarea que debería ampliarse a la recepción de sus críticas. Este ensayo fue incluido en Yolanda Bache Cortés et al., (coords.). *Memoria Coloquio Internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la cultura de su tiempo*. México: UNAM, 1996. pp. 497-505.
3. Manuel Puga y Acal. *Los poetas mexicanos contemporáneos*. Ensayos críticos de Brummel. México: Imp. de Ireneo Paz, 1888; 2ª. ed. Presentación de Eugenia Revueltas, México: UNAM. (Al siglo XIX, ida y regreso), 1999; *Lirismos de antaño, versos y prosas*. México: Imp. Victoria, 1923. El prólogo del segundo libro ya había sido reproducido, de manera parcial, en *Cuadernos de Bellas Artes*, México, núm. 5, diciembre de 1960, pp. 33-40. Pese a ostentar el año 1999 como fecha de publicación, dicha reedición no circuló sino hasta mediados del año siguiente. Al preparar *Las voces del espejo* no tenía, pues, noticias de su inminente aparición.

afortunadas, en cambio las de otros esperan todavía convertirse en materia de un estudio sistemático y completo que pondere su participación en las discusiones literarias de su tiempo.

Tal es el caso de la vida y la obra literaria e histórica del crítico de quien, sólo a modo de invitación para estudios posteriores, me ocupo en las siguientes páginas: el jalisciense Manuel Puga y Acal. No sé si sea necesario insistir en la importancia que, dentro del panorama de la crítica literaria decimonónica, tiene la figura de Puga y Acal. Asociado al nombre de Manuel Gutiérrez Nájera por la "amable" polémica que sostuvieron a raíz del comentario de Puga a la "*Tristissima nox*" del "Duque Job", este escritor jalisciense constituye una de las figuras intelectuales más relevantes de la literatura mexicana de las dos últimas décadas del siglo XIX. Sin embargo, como tantos otros, aún espera al investigador que evalúe su trayectoria literaria; que recupere de la prensa de Guadalajara, de San Luis Potosí, de Veracruz y de la Ciudad de México tanto sus colaboraciones poéticas y críticas como las respuestas, favorables y desfavorables, que ambas suscitaron a lo largo de las dos últimas décadas del siglo XIX;² que reconstruya su estrecha relación con los intelectuales metropolitanos, así como su confrontación con algunos medios literarios y políticos jaliscienses a raíz de su vinculación con los gobiernos estatales de Tolentino y Curiel; que documente los verdaderos motivos de su deserción del ejercicio crítico, su traslado definitivo a la Ciudad de México, así como su trabajo en tanto que historiador en el Archivo General de la Nación y como colaborador, en los últimos años de su vida, del diario capitalino *Excelsior*. Ciertamente, hoy día contamos con la reimpresión de *Los poetas mexicanos contemporáneos*, preparada por Eugenia Revueltas para la colección "Al siglo XIX, ida y regreso" —la cual, además de reproducir fielmente, hasta en las erratas, las características de la primera edición, añade sin ninguna explicación declarada el prólogo de Puga y Acal al libro donde reunió su obra de creación *Lirismos de antaño, versos y prosas*.³ Con

todo, aún sigue en pie la deuda de una edición realmente crítica de *Los poetas mexicanos contemporáneos* —expurgada de erratas, confrontada con las versiones iniciales de los ensayos que lo integran, aparecidos simultáneamente en la prensa metropolitana y regional—, así como de un estudio bien documentado que, al recuperar en su totalidad las polémicas generadas por el temperamento de este jalisciense y por la susceptibilidad de los criticados, permita valorar en su justa medida la aportación de Manuel Puga y Acal a la crítica literaria de su tiempo. Una tarea que comenzó de hecho Luis Mario Schneider y que, quizá, investigadores venideros completen algún día, y para la cual quiero ofrecer en estas páginas algunos materiales que pueden resultar de cierta ayuda.

Aun cuando, a lo largo de los últimos diez años de su vida, Puga y Acal redactó y publicó de manera intermitente una especie de memorias en las páginas de *Excelsior* con el título “De mi vida literaria y política”, éstas no han constituido una fuente documental para los pocos comentaristas de su obra crítica o historiográfica. Las noticias que, en términos generales, suelen ofrecerse sobre él provienen en buena medida de la necrológica que Victoriano Salado Álvarez redactó a la muerte de Puga, publicada en *Excelsior* una semana después, y que Salado amplió en el apartado que le dedicó en sus memorias.⁴ Sobre esta información, junto con la aportada por Genaro Fernández MacGregor, Jesús E. Valenzuela y Carlos González Peña,⁵ Joaquín Meade elaboró una semblanza, “Manuel Puga y Acal en San Luis Potosí”, que además de constituir una síntesis de referencias anteriores relacionadas con algunos de los hitos más destacables en la carrera literaria de Puga, ofrece información relativa a sus años en San Luis.⁶

Nacido en Guadalajara el 8 de octubre de 1860, Puga y Acal pertenece por afinidad y por proximidad cronológica a esa generación de escritores, políticos e intelectuales mexicanos que Luis González y González denominó la centuria azul:

4. Victoriano Salado Álvarez, “Puga y Acal”, *Excelsior*, núm. 4931, 21 de septiembre de 1930, pp. 5, 8. Ampliada en sus *Memorias: Tiempo viejo-Tiempo nuevo*. México: Porrúa, 1985. Véase también la nota necrológica “El escritor jalisciense don Manuel Puga y Acal murió ayer en esta ciudad”, *Excelsior*, núm. 4924, 14 de septiembre de 1930, 2ª secc., p. 2.
5. Genaro Fernández MacGregor, “Puga y Acal”, *Carátulas*. México: Botas, 1935; Jesús E. Valenzuela, “Mis recuerdos, XVIII”, *Excelsior*, núm. 10390, 14 de enero de 1946, pp. 4-5; Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana*. 5ª. ed. México: Porrúa, 1954.
6. Joaquín Meade, “Dos semblanzas, II: Manuel Puga y Acal en San Luis Potosí”, *Letras Potosinas*, S.L.P., núm. 118, octubre-diciembre 1955, pp. 14-15. Sobre su primer viaje a San Luis, el propio Puga dejó constancia en su artículo “Quince días en San Luis”, *El Partido Liberal*, México, 19 de noviembre de 1890, p. 1.

7. Luis González y González. "La ronda de las generaciones, los protagonistas de la Reforma y la Revolución Mexicana". *Todo es historia*. México: Cal y Arena, 1989, p. 175.

8. Fernando Curiel. *Elementos para un esquema generacional aplicable a cien años (aprox.) de literatura patria*. México: UNAM. (IIF, De Bolsillo, 18), 2001, pp. 58-59.

Una generación *nepantli*, entre dos aguas, que tuvo que cerrar la época nacionalista, liberal y romántica, habitada por tres generaciones precursoras y por ella misma, y abrir la época nacionalista, socializante, pragmática que convocamos con el nombre de Revolución Mexicana y que la tanda azul construyó parcialmente y habitó a sobresaltos.⁷

Una generación que comprende, *grosso modo*, a los nacidos entre 1855 y 1870, y que si "encuentra su cauce a través de *Azul* de Rubén Darío y hace su primera comunión en la *Revista Azul* de Manuel Gutiérrez Nájera", puede definirse, en palabras de Fernando Curiel, como "urbana, mestiza, clasemediera, ilustrada más que sólo universitaria, afrancesada, bohemia, positivista, pasiva comparativamente" y a través de los nombres de

Gutiérrez Nájera, Manuel José Othón, Federico Gamboa, Luis G. Urbina, Felipe Ángeles, Venustiano Carranza, Ignacio Bonilla, Amado Nervo, José Juan Tablada, Ponciano Díaz, Ricardo Bell, Carlos Díaz Dufoo, Victoriano Salado Álvarez, Jesús Urueta, Carlos Pereyra, Camilo Arriaga, Frank Sanborn, Balbino Dávalos, Jesús E. Valenzuela.⁸

Los datos reiterados por quienes han esbozado la biografía de Puga y Acal no desmienten, al menos en apariencia, el talante de su generación. Enviado por su padre, muy joven aún, a cursar estudios de bachillerato en Francia con los jesuitas de Juilly, en París, Puga ingresó más tarde en la Escuela Provincial de Minas de Mons, en Bélgica, para estudiar geodesia y convertirse, así, en ingeniero en minas. Pero sus tempranas incursiones literarias, ya comenzadas antes de su salida a Francia, lo hicieron abandonar definitivamente la esfera técnica y académica para involucrarlo cada vez más en la carrera de publicista —es decir, de periodista literario y político— desde su regreso a México, en 1883. La huella de sus años en Francia se hizo patente desde entonces no sólo en sus actividades literarias —tradujo a Villon, Musset, Leconte de Lisle, Rollinat, Baudelaire—, sino además en el talante marcadamente anticlerical de su crítica social y política, así como en la leyenda bohemia y exquisita que intentó condensar en el pseudóni-

mo "Brummel" con que firmó una parte de su crítica literaria. Una leyenda que algunos hicieron extensiva a la persona misma, hasta el punto de afirmar que Puga había conocido a Rimbaud y a Verlaine en Bruselas —afirmación puesta en duda por José Emilio Pacheco—⁹ que tocó techo en la serie de polémicas encendidas durante los primeros meses de 1888 —las cuales constituyen el núcleo de su único libro de crítica, *Los poetas mexicanos contemporáneos*, publicado por Ireneo Paz en ese mismo año—, y que después fue diluyéndose sola, sin razón aparente, a lo largo de las siguientes décadas, hasta tal punto que hoy puede llegar a parecer tan sólo el resultado de una suma de equívocos y de contradicciones reiteradas si no se cuenta con las comprobaciones documentales pertinentes.

Si el ejercicio literario de Puga y Acal resulta destacable sobre todo en la penúltima década del siglo XIX, hay que remontarse al menos hasta 1875 para comenzar a documentar las noticias acerca de sus primeras colaboraciones en la prensa jalisciense. Así, Iguíniz menciona una tempranísima incursión de Puga en el medio periodístico tapatío, en compañía de Luis Pérez Verdía, con la fundación de *El Perico*, "periódico político y satírico de filiación porfirista" del cual, sin embargo, no parece haberse conservado un solo ejemplar.¹⁰ Es en *La Alianza Literaria* de 1876, órgano literario de la misma sociedad fundada el año anterior, donde podemos documentar algunos de los primeros poemas de Puga y Acal, así como uno de sus cuentos y algo que podríamos denominar crónica de sociedad. Aun cuando Iguíniz hace constar la participación de Puga en por lo menos dos proyectos literarios más, antes de su partida hacia Francia —la fundación y dirección de otra publicación satírica, el *Juan sin Miedo*, de 1877, así como su colaboración como socio en *La Aurora Literaria*—, no he podido localizar materiales que den testimonio de su labor periodística hasta su regreso a Guadalajara, seis años más tarde. De lo que parece no haber duda es de que proviene de esos años su trato y amistad con algunos de quienes fueron compañeros literarios a lo largo de los años ochenta: Antonio Becerra y Castro, Federico E. Alatorre, Alberto Santos-

9. Pacheco afirma que Manuel Puga y Acal "decía haber sido amigo en París [sic] de Rimbaud y Verlaine en un momento en que el primero se encontraba ya muy lejos y el segundo se hallaba preso en Bélgica". Véase José Emilio Pacheco, "Manuel Gutiérrez Nájera: el sueño de una noche porfiriana", *Letras Libres*, México, febrero de 2000, pp. 20-23.

10. Juan B. Iguíniz, *El periodismo en Guadalajara*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1955, t. I, p. 161.

coy, Antonio Zaragoza, Manuel M. González y Fernando Nordensternau.

La actividad periodística desarrollada por Puga y Acal casi desde su regreso al país, hacia 1883, y mantenida de hecho sin interrupción por lo menos durante las dos décadas siguientes, coincide plenamente con dos momentos fundamentales de la vida intelectual mexicana del siglo XIX: primero, con la expansión y consolidación del medio periodístico como elemento constructor del naciente espacio público político del país, y segundo, con su posterior limitación y regulación por parte del gobierno, el cual establece a partir de entonces un nuevo sentido en las relaciones entre el poder y los intelectuales. Esto explica que, durante la primera presidencia de Porfirio Díaz, surgiese “el mayor número de publicaciones...166 periódicos en provincia y 128 en la capital”;¹¹ mientras que, “entre 1884 y 1896 aparecieron entre 35 y 37 periódicos cada cuatro años, un total de 165, y se mantuvieron en circulación 567”.¹² Una declinación debida a la represión y a la política de subvenciones y el apogeo de la “prensa electorera”.

Fiel a las vacilaciones de esa época, la trayectoria intelectual de Puga y Acal refleja en plenitud el ímpetu y las contradicciones implícitas en la labor de quienes, como él, pugnaron por otorgar a la literatura un espacio propio y público de discusión a través de la crítica literaria, al mismo tiempo que no dudaron en prestar su pluma para la defensa de causas muy poco literarias. Así, un año después de volver del extranjero, Puga dirige en Guadalajara *El Clarín*, “periódico liberal oportunista... órgano oficioso del gobierno en funciones, que circulaba los miércoles y viernes de cada semana”, donde colaboraron, bajo pseudónimo, escritores como Manuel y Miguel Álvarez del Castillo, Antonio Gil Ochoa y Manuel M. González.¹³

El Clarín—dice Salado Álvarez—era el escándalo de las gentes, aun las extremadas en materia de creencias; estaba de moda esa clerofobia punzante y agresiva que tuvo representantes como Rocha y don Refugio González, y *El Clarín* salió pintado por

11. Florence Toussaint, “La prensa y el porfiriato”, Aurora Cano Andaluz (coord.), *Las publicaciones periódicas y la historia de México (ciclo de conferencias)*, México: UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1995, p. 47.

12. *Ibid.*, p. 48.

13. Iguiniz, *op. cit.*, t. II, p. 185.

esa tonada. Su lema era *Le cléricalisme, voilà l'ennemi*, y editoriales, gacetillas, entrefilets y hasta el pie de imprenta estaban encaminados a desacreditar a cuantos llevaban tonsura, desde el Papa hasta el más insignificante motilón.¹⁴

Si el talante anticlerical y provocativo de Puga le hizo ganar notoriedad en el ámbito jalisciense, así como no pocos detractores como publicista y poeta, otro tanto le proporcionó su apoyo incondicional al gobierno represor del general Tolentino. De ambas cosas son testimonio algunas de las críticas que la oposición –atrincherada en las páginas de *El Heraldo*, de Wistano L. Orozco, y de *La Gaceta Jalisciense*, de Emilio E. García–, dirigió contra los caprichos sinestésicos presentes en los poemas de Puga y, sobre todo, contra su colaboracionismo tolentinista. Muestra ejemplar de lo primero son las ironías enfiladas por un crítico de sus versos esbozado bajo el pseudónimo de “El Máscara Azul” aparecidas en *El Heraldo* tapatío:

En un poema de don Manuel Puga y Acal, intitulado ‘El amor del muerto’, y publicado en el número 15 del periódico de las *erratas de imprenta*, hay estas linduras: ‘Saltaban negros reflejos de sus negros rizos’... ¡Hombre, cuánta negrura! ¿Y saltaban los reflejos? ¿Eh? ¿Así como granos de esquite sobre caliente lámina de fierro? Nosotros sabíamos que saltan las liebres, los gamos, los muchachos y hasta los políticos, pero los reflejos de luz, no sabíamos que saltaran. ¡Cosas de nuestro maestro de física! ¿Y eran *negros* los tales reflejos? ¡Ah, sí!, ya me acuerdo que una vez estuvimos varios amigos y yo en un subterráneo *negramente* iluminado... ¡y qué intensa y bonita es la luz *negra*! Y recordamos también que el *espectro* o *haz* de los colores de la luz contiene el verde, el naranjado, el rojo, el amarillo, el *bayo*, el *pinto* y el *negro*. Están los siete colores. ¿verdad? Aquel *amor* fue música celeste. ¡Calle! ¿Y era toda una orquesta? ¿Y traía tambora la música ésa, como los *mariachis* de por aquí? Señor poeta: yo había visto representar el *amor por llamas*, por *dardos*, por cuanto usted quiera; pero francamente, hasta ahora tengo el honor de conocerlo bajo la forma de una *charranga*. Por allí va así todo el delicioso poema.¹⁵

Quizá una de las muestras más elocuentes de esta doble implicación de Puga y Acal en el fango político y en el ejercicio literario la constituya su labor como di-

14. Salado Álvarez, *Memorias: Tiempo...*, pp. 118-119.

15. *El Heraldo*, Guadalajara, núm. 4, 15 de febrero de 1885, p. 4. Véanse otras críticas negativas referentes tanto a la poesía como a la actuación política de Puga en *El Heraldo*, Guadalajara, núm. 1, 15 de enero de 1885, p. 5; núm. 7, 8 de marzo, y 14 de junio de 1885, así como en *La Gaceta Jalisciense*, Guadalajara, núm. 183, 26 de febrero de 1886, p. 2, y núm. 188, 9 de abril de 1886.

16. *El Occidental*, Guadalajara, núm. 2, 7 de abril de 1886, p. 2.

rector y colaborador de *El Occidental*. Financiado por Tolentino, Puga organizó desde sus páginas el combate a la oposición y, particularmente, a los partidarios de Ramón Corona, al mismo tiempo que comenzó a figurar en ellas como crítico literario de manera formal y constante. Además de numerosos poemas, prosa de circunstancias y algunas traducciones, Puga publicó en *El Occidental* la que posiblemente fue su primera crítica relevante: “El *Romancero Nacional*, de Guillermo Prieto”.¹⁶ No apareció con su nombre, pero puede deducirse su autoría de la información proporcionada por Puga en una de las gacetillas de *El Occidental*, donde se defiende de la crítica de “arribismo” hecha por “Lucretius T. Carus” (es decir, Ángel Pola) en *El Diario del Hogar* y donde, de paso, se permite aludir a su trato y colaboración con los intelectuales metropolitanos del Liceo Hidalgo. En efecto, gracias a las gacetillas, sabemos que Puga era miembro del Liceo y que ahí leyó su paráfrasis de “*La poupée*”, de Pailleron, publicada con dedicatoria a Juan de Dios Peza en *El Partido Liberal* el 10 de enero de 1886 y el 21 de abril de ese mismo año en *El Occidental* tapatío; por su parte, “Lucretius T. Carus” criticaba en *El Diario del Hogar* que el autor del comentario al *Romancero...* de Prieto “no merecía la lectura oficial, que equivalía a un fallo de buena dado por el Liceo”, y que había sido escrito

por un escritor novel que elogia a los que están en el último peldaño, no por hacerles justicia, sino por conseguir simpatías y crearse un derecho a que se le preste la mano para subir a la gloria, si gloria puede llamarse ver su nombre en las gacetillas, codear a Riva Palacio y platicar con Altamirano.

17. Véase *El Occidental*, Guadalajara, núm. 5, 28 de abril de 1886, p. 3. Sobre la participación de Puga y Acal en esa velada del Liceo Hidalgo, véase también el artículo de Gutiérrez Nájera “Una velada literaria”, recopilado en *Obras*. T. I. Crítica literaria, ideas y temas literarios, literatura mexicana. 2ª. ed. México: UNAM, 1995, pp. 281-286.

A lo que Puga, ahora sí con su nombre, respondió desde *El Occidental* que

mal podía ser guiado por tales miras al escribir su crítica un escritor que ni de poner su firma al calce se cuidó. Añadiremos, por si al caballero Carus le interesa, que el autor de la crítica a que nos referimos es miembro del Liceo Hidalgo, y ha codeado [sic] a Riva Palacio y platicado familiarmente con Altamirano: mal podía, pues, tener esas aspiraciones.¹⁷

Es muy posible que haya sido entonces cuando entabló relación con dos de los poetas a quienes criticaría dos años más tarde en los artículos que generaron *Los poetas mexicanos contemporáneos*: Juan de Dios Peza y Manuel Gutiérrez Nájera. De lo que no hay duda es de que, a partir de ese año, la presencia de este jalisciense en las publicaciones regionales y metropolitanas se volvió constante en los dos ámbitos que le dieron cierto renombre: la poesía y la crítica. Así lo testimonian sus numerosas entregas en *El Occidental*, su participación en la fundación de *La República Literaria* y su ocasional incursión en el *Juan Panadero*, de Guadalajara, así como su colaboración, a partir de 1887, en *La Juventud Literaria*, *El Pabellón Nacional*, *El Partido Liberal* y, más tarde, en la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, de la Ciudad de México.

Por lo mismo, Puga estaba lejos de ser un desconocido o una voz menor en la crítica de su época cuando, el 23 de diciembre de 1887, dio inicio en *El Pabellón Nacional* a la serie de críticas que le harían ganar renombre y animadversión al mismo tiempo. Sobre su contenido e importancia se pronunciaron más de una vez sus contemporáneos, y sobre ellas han vuelto algunos estudiosos posteriores, así que no me ocuparé de ello en estas páginas. Lo que podría llamarse su “actitud crítica” —su filiación, sus problemas y argumentos centrales— merece un comentario en detalle que no puedo ofrecer aquí. En cambio, sí que me parece oportuno detenerme a reproducir y comentar un documento que ha sido ignorado al hablar de este momento capital en la carrera crítica de Puga y Acal. Se trata del artículo titulado “Por qué dejé de ser crítico”, aparecido en la columna “De mi vida literaria y política” que Puga mantuvo durante sus últimos años en el capitalino *Excelsior*. Por su interés, vale la pena reproducirlo aquí *in extenso*, así como comentarlo aunque sea de manera sucinta y muy de paso:

Por qué dejé de ser crítico

Manuel Puga y Acal

Aseveró no ha mucho un joven y distinguido escritor que la causa de la actual decadencia de las letras nacionales es la carencia de críticos, y esta aseveración —que, en mi sentir, es comparable con la de quien dijera que en una laguna en que abundan las gallaretas, no hay patos porque no hay cazadores— hizo que mi buen amigo Victoriano Salado Alvarez se acordara de mí y me mencionara entre los pocos que, en nuestro país, hemos cultivado la crítica literaria.

Aunque tal mención se explica por el hecho de haber sido yo impenitente en eso de juzgar de las obras de mis contemporáneos, no puede imaginarse Salado qué salto atrás dio mi memoria cuando leí su artículo ni mucho menos cómo, semanas después, al leer el que aquí mismo publicó Carlos Díaz Dufoo bajo el título de “Cuarenta años de periodismo”, me sentí revivir en tiempos remotamente pretéritos.

Porque no vaya, Díaz Dufoo, a tener la pretensión de que sus cuarenta años de periodista le den derecho al decanato. Algún día comprobaré que me le anticipé cuando menos diez años en la carrera, como puede atestiguarlo Manuel Caballero, aunque todo ello sólo sirva para solaz y asombro de los jóvenes, a quienes parecerá tan divertido, como una corrida de Gaona o una película de Chaplin, el espectáculo de viejos que se disputan las décadas vividas como los trovadores languedocianos se disputaban en Tolosa la violeta de oro ante los *sept senhors mantenedors del Gay Saver*. Mas, por ahora, sólo quiero recordar que yo también ingresé en el periodismo metropolitano en 1885, y lo hago únicamente porque tal dato tiene conexión con lo que voy a narrar en seguida.

Desde uno de los primeros meses de ese año, en efecto, formé parte de la redacción de *El Partido Liberal*, dirigido entonces por el todavía coronel don José Vicente Villada, glorioso compañero de los generales mártires Artcaga y Salazar en la lucha contra la Intervención y el Imperio. Desempeñaba yo en ese diario, de acuerdo con el secretario de Gobernación Lic. don Manuel Romero Rubio, segundo suegro del Ejecutivo, una comisión del gobernador de Jalisco, Gral. don Francisco Tolentino: la de prestigiar primero y defender después la candidatura del Gral. Sabas Lomelí para suceder a aquél en dicho gobierno. Poco trabajo me dio tal comisión; una indiscreción de nuestro candidato dio al traste con nuestras esperanzas y puso fin a mi labor; quedó resuelto que el sucesor del Gral. Tolentino fuera el Gral. don Ramón Corona, que por aquellos días había regresado de España; y después de haber ido yo a Guadalajara a tomar participación en las ceremonias

de la sucesión gubernamental, volví a México con el doble carácter de redactor de *El Partido Liberal* y de *El Pabellón Nacional*, que dirigía don Luis G. Bossero.

Este diario era poco leído, a pesar de la excelente labor de José Anacleto Castillón, de Víctor M. Venegas y de Laura Méndez de Cuenca, y yo traté de atraer hacia él la atención del público provocando un escándalo literario, ya que los escándalos políticos no debían trascender a la prensa. Acometí entonces la empresa de criticar, con toda medida y justificación, las obras más admiradas de los poetas de mayor fama, y empecé por la oda "A Byron" de Salvador Díaz Mirón, que era a la sazón objeto de merecido aplauso. Reprodujeron mi crítica con elogio todos los periódicos de casa, *El Partido Liberal* y *La Patria* de Ireneo Paz, y los principales periódicos de los estados; pero lo que aseguró el buen éxito de mi empresa fue la magistral contestación que dio Díaz Mirón a mi crítica en un diario de Veracruz y que fue también en todas partes reproducida.¹⁸

Envalentonado con tal suceso, juzgué después la "Tris-tissima Nox" de Manuel Gutiérrez Nájera, amigo íntimo mío y compañero de redacción de *El Partido Liberal*. Manuel no contestó para defender su obra, pero se reservó para discutir mis procedimientos críticos cuando censurara yo, como sabía lo iba a hacer, la poesía "En vela" de Juan de Dios Peza.

Esta tercera crítica mía vino a hacer que *El Pabellón Nacional*, que ya había aumentado su circulación, la quintuplicara por lo menos. Juan de Dios Peza se enojó. Era el poeta oficial, algo así como Horacio en los tiempos de Octavio, como Ronsard en la corte de Carlos IX de Francia, como Zorrilla en la de nuestro Maximiliano. Recitaba composiciones poéticas en las ceremonias cívicas; brindaba en verso en las comilonas políticas. Muchos de sus admiradores me atacaron despiadadamente y me injuriaron en *El Combate* y otros periódicos, y yo en prosa y en verso, con él y con sus defensores, entablé una polémica que, después, con mis otras críticas, reuní en un volumen cuya edición, de varios miles de ejemplares, se agotó en pocos meses.

Mi buen éxito periodístico era indiscutible y, cuanto al literario, no dejó de halagarme, sobre todo cuando, en 1892, Justo Sierra me dedicó un ejemplar de su *Historia General* llamándome "futuro arzobispo de la crítica nacional". Aunque, ¡ay!, ¡Justo sabía bien que aquel arzobispo en cieme había estado a punto de ser excomulgado y de que se le privara del pan y la sal!

Debo decir que entonces los redactores de los periódicos liberales, que no podían sostenerse, estábamos pagados, y de mí puedo decir que muy bien pagado, por la Secretaría de Gobernación. Los periódicos opositores, sobre todo *El Diario del Hogar* de Filomeno Mata —el "Diario de los frijoles", como nosotros le decíamos—, nos llamaban asalariados. Pero

18. [*El Diario Comercial*, de Veracruz.].

nosotros sabíamos, y yo sigo creyendo, que servíamos a nuestro partido, como otros lo habían hecho en los campos de batalla y lo hacían en las Cámaras, en la prensa periódica, en la lucha de principios, puesto que, en ese terreno, el partido conservador, vencido militarmente en Querétaro, seguía combatiendo desde las columnas de *La Voz de México*, *El Tiempo* y *El Herald*. Y sabíamos también que otra noble labor nos estaba encomendada: la de poner coto al desarrollo de los gérmenes de desorden y de los fermentos de anarquía que habían dejado treinta años de guerra civil y extranjera.

Ahora bien, cuando la polémica con Peza y sus defensores estaba en lo más álgido, el empleado de la Secretaría de Gobernación que llevaba a mi casa mis quincenas, no se presentó con la puntualidad acostumbrada. Pregunté a mis compañeros de redacción si habían sido pagados y me contestaron que sí, y después, en la intimidad, Gutiérrez Nájera me dijo, rogándome que no hiciera uso de su confidencia, que en las altas regiones oficiales andaba yo muy mal parado. Esperé tres o cuatro días ¡y nada de quincena! Entonces fui a ver a don Apolinar Castillo, director de *El Partido Liberal* desde que el general Villada se había ido a gobernar el Estado de México.

Mañana recibirá usted su quincena, me dijo sonriendo don Apolinar. ¡Pero en buena nos ha metido usted y buena la ha escapado! Trabajo hemos tenido para conjurar la tempestad que se había formado sobre su cabeza. Se le acusaba de traidor al partido, porque ha atacado la reputación de uno de sus miembros. Hasta don Porfirio tomó cartas en el asunto. Fue preciso que Justo Sierra, Vicente Villada —que por casualidad vino de Toluca— y yo, bregáramos para demostrar que sus críticas han sido correctas y ajenas a la política y que no se menoscaba el honor de un partido político cuando se dice que uno de sus miembros, que cultiva la poesía, dejó un verso cojo o cometió un ripio. Váyase tranquilo, pero no eche la lección en saco roto.

No la eché, ciertamente; recordé que Gutiérrez Nájera, que era muy amigo mío, pero lo era también de Peza, me había dicho al defender a éste que un crítico de sus contemporáneos debe ser un huraño que viva como Robinson, en una isla desierta de cariños, y que si yo hubiera entrado al hogar de los *Cantos* de Peza con mi gramática desenvainada, Margot me la habría quitado; y resolví romper mi péñola de crítico; pues aunque, sin duda, mi partido no se habría escamado si hubiera continuado mi labor, como me lo había propuesto, criticando al obispo Montes de Oca, al padre Pagaza, que no era obispo todavía, y a don Casimiro del Collado, me pareció cobardía hacerlo, sobre todo porque con los tres me ligaban afectuosas relaciones. Que así de corteses y respetuosos éramos entonces con nuestros adversarios.

Un corolario desprendo de este episodio de mi vida literaria: no hay nada que haga lanzar a un pavo real —y mucho de

pavos reales tenemos los literatos—graznidos más destemplados, que el encontrar a alguien que no admire sin reservas los colores de su cola, máxime si el tal pavo ha recurrido a medios artificiales para abrillantar esos colores.

Y convencido de que, como dicen los franceses, *plus ça change, plus c'est la même chose*, recomiendo a los críticos noveles —si hay por ahí valientes que quieran dedicarse a tan ingrata tarea— recuerden que artimañas políticas mantienen frecuentemente ciertas reputaciones literarias.¹⁹

Escrito y publicado al vuelo casi cuatro decenios después de aquellos lodos, este artículo de Puga descubre casi tantas cosas como las que deja en penumbra. A sabiendas de que sus interlocutores no son los jóvenes que por esos mismos años construyen los cimientos de la literatura moderna mexicana, sino los supervivientes de aquella *centuria azul*, Puga sacude el polvo de la polémica reivindicando, de entrada, su participación en el decanato del periodismo nacional —es decir, metropolitano—, para revelar, después, algunas de las motivaciones menos confesadas de su iniciación en el ejercicio crítico. Por ello, no extraña que comience citando los nombres de Díaz Dufoo y Salado Álvarez, con quienes comparte no sólo recuerdos de generación, sino además las páginas del *Excelsior* para ir publicando semanalmente capítulos de sus memorias. De hecho, Puga obtuvo una respuesta inmediata de Díaz Dufoo; sólo dos días después, en sus “Páginas de mi vida. Intermedio sentimental”, éste contesta con una aclaración cortés, pero incisiva:

No, yo no he pretendido, como parece decir mi querido Manuel Puga y Acal, que se me atribuya el ‘decanato’ del periodismo nacional. Manuel asegura que se me anticipó diez años en la brega. Será así, pero yo no tengo la culpa ... Mi querido Manuel Puga y Acal no conoció el más pavoroso círculo de nuestro infierno. Tuvo la fortuna de salir a la prensa ‘con un papel’, como se dice en la jerga de bastidores. No supo nunca de aquella labor de los ‘llenadores’ de diarios ... Ese interior del periodismo no lo conoció mi amigo ... que tuvo la dicha, él mismo acaba de referírmelo, de figurar desde el primer día entre los pontífices de la prensa capitalina. No todos, empero, tuvimos esa dicha.²⁰

19. Manuel Puga y Acal, “Por qué dejé de ser crítico”, *Excelsior*, núm. 2894, 17 de febrero de 1925, pp. 5, 8.

20. Carlos Díaz Dufoo, “Páginas de mi vida. Intermedio sentimental”, *Excelsior*, núm. 2896, jueves 19 de febrero de 1925, pp. 5, 9.

No extraña que, al hablar de sus inicios en el periodismo, Díaz Dufoo y Puga se refieran a la prensa metropolitana como prensa nacional, sin más, dejando a un lado cualquier clase de antecedente regional —por lo demás, abundante en el caso del Puga. Es parte del “espíritu” de su época, y casi también de la nuestra. Lo que sorprende un poco es que sea el propio Puga quien, al autorretratarse como crítico, nos ofrezca de sí la imagen a todas luces inexacta de un escritor que llega a la crítica —y después la “abandona”— a causa de la política, de una manera casi “circunstancial”. Así, de acuerdo con esta imagen, parecería dar a entender que, al menos en su caso, detrás de las razones aparentes que movieron su labor como crítico, se insinúa no tanto su voluntad individual de ejercer el criterio alejado de cualquier justificación extratextual y personal, sino más bien una consigna implícita en esa época de no promover, bajo ningún concepto, polémicas de carácter político en las páginas de la prensa porfiriana. Un argumento que, además de ser una cortina de humo, se mordería la cola porque, según sus propios argumentos, habrían sido precisamente razones políticas las que finalmente llevaron a Puga y Acal a “romper” su “péñola de crítico”.

Si bien resulta sugerente la idea de que la censura porfirista se encuentra en el origen de una de las discusiones literarias más animadas de su época, lo cierto es que ni siquiera en el caso de Puga resulta suficiente para explicar su trayectoria como crítico y su intervención en la polémica que generó *Los poetas mexicanos contemporáneos*. “Por qué dejé de ser crítico” no recuerda al lector de 1925 hechos tan palmarios para sus contemporáneos decimonónicos como que, poco antes de publicar sus críticas, el mismo Puga se había sumado a las huestes de los admiradores públicos de Peza; cosa que, en cambio, sí tenía muy presente al redactar la presentación de *Los poetas mexicanos contemporáneos*. En efecto, sólo unas semanas antes de iniciar la polémica, Peza había sido invitado a Guadalajara para asistir a una velada en su honor, organizada por los redactores de *La República Literaria* y realizada el 18 de

febrero de 1888. En esta revista tapatía, la más ilustre de su época, se publicaron los poemas y discursos leídos en homenaje al autor de *El canto del hogar*, así como la propia crónica de Peza acerca del viaje y la visita a Guadalajara. En esa velada, acompañado de Esther Tapia de Castellanos, Antonio Becerra y Castro, Manuel M. González y José López Portillo y Rojas, Puga leyó el poema "Otro brindis, dedicado al distinguido poeta Juan de Dios Peza", en donde afirmaba: "al águila saludamos/ nosotras las avecillas". Es posible que esta volubilidad en el juicio, así como el indisociable vínculo de literatura y política, tanto entonces como después, haya sido una de las causas de las airadas reacciones que generaron las diferentes críticas de Puga reunidas después en *Los poetas mexicanos contemporáneos*. Uno de sus detractores más enconados, Emilio Rabasa, abrió fuego desde las páginas de *El Universal* bajo el pseudónimo de "Pío Gil". En Guadalajara, donde el precedente anticlerical y arribista de Puga le había ganado antipatía en el sector conservador y católico, no faltaron descalificaciones personales de diferente tono. Así, los redactores de *La Linterna de Diógenes* ironizaron sobre una de las frases de Puga proveniente de su crítica "Carta de 'Brummel' al 'Duque Job'": "Envaine sus uñas, como diría Manuelito Puga y Acal, el célebre jalisciense de Jalisco, el inmortal poeta que ve luces negras, el sabio crítico que, según él, ya envainó la Gramática".²¹

Además, a pesar de la censura y la autocensura de que habla en "Por qué dejé de ser crítico", lo cierto es que Puga no rompió su "péñola de crítico" porque siguió publicando comentarios en las páginas de la prensa regional y metropolitana: en *El Partido Liberal*, *La Juventud Literaria* y, ya entrado el siglo xx, en la *Revista Moderna*. En *La Juventud Literaria*, por ejemplo, publicó uno de sus poemas más famosos, "Balada de la muerte", así como el artículo "Manuel Álvarez del Castillo". Por su parte, entre otras colaboraciones de carácter y tema muy diverso, en *El Partido Liberal*, publicó una de sus críticas más importantes: "*El himno de*

21. *La Linterna de Diógenes*, Guadalajara, núm. 63, 30 de mayo de 1888, p. 2.

22. Juan José Doñán, "Prólogo". *Veinte cuentos de literatos jaliscienses*. 2ª. ed. Guadalajara: Hexágono, 1990, p. 15.

23. De la imprenta de *El Heraldito* alcanzaron a salir tres libros: *Veinte cuentos de literatos jaliscienses y Piezas literarias leídas en la velada fúnebre en honor de Manuel Gutiérrez Nájera, verificada en el Teatro Principal de Guadalajara, la noche del 23 de febrero de 1895*. Guadalajara: eds. de *El Heraldito*, 1895, así como *Cuentos propios y ajenos*, 1896. El primer libro recibió la atención crítica de Hilarión Frias y Soto desde las páginas de *El Siglo XIX*, México, los días 8, 15, 22 y 29 de febrero, 7-14 y

los bosques, de Manuel José Othón"; asimismo, en sus páginas aparecieron dos críticas firmadas aún con el pseudónimo "Brummel", y en las cuales entabló polémica con Justo Sierra a raíz del prólogo de éste a los versos de Urbina, "Un poeta y su prologuista" y "Carta abierta al señor licenciado Justo Sierra". De igual manera, y con un denuedo si cabe aun mayor que el de sus primeros años, Puga volvió a su anterior práctica de empeñarla en favor de gobiernos indefendibles y de su carrera política como senador de Jalisco. A finales de 1893, después de haber probado fortuna literaria y política en San Luis, Puga recibió la dirección de *El Heraldito* tapatío de manos de Salado Álvarez, y a partir de 1894 "lo convirtió en órgano oficioso del Gobernador Curiel, cuya administración defendió en sus columnas contra todo viento y marca", a la vez que promovió, desde luego, la reelección de Díaz.²² Al igual que había ocurrido durante la gestión de Tolentino, Puga puso las páginas de *El Heraldito* al servicio de los intereses gubernamentales, persiguió y demandó legalmente por difamación a los directores del *Juan sin Miedo* y *El Tapatío* —quienes le pagaron con sus ataques llenos de mordacidad—, al mismo tiempo que dio un impulso más que destacable a las colaboraciones literarias, la traducción —en su "Sección recreativa" "publicó textos de Manuel Gutiérrez Nájera, Enrique González Martínez, Ángel de Campo 'Micrós', Rubén Darío, Carlos Díaz Dufoo, así como traducciones de Guy de Maupassant, George Sand, Anatole France, Alphonse Daudet"—²³ e incluso la edición. Fruto de esto último fueron dos libros notables para la época: *Veinte cuentos de literatos jaliscienses* y el volumen *Piezas literarias leídas en la velada fúnebre en honor de Manuel Gutiérrez Nájera*, que el mismo Puga había convocado en cuanto recibió la noticia de la muerte del "Duque Job".²³

Así pues, el testimonio que el propio Puga ofrece a propósito de las escaramuzas críticas reunidas en *Los poetas mexicanos contemporáneos* se ciñe sólo de manera parcial a la realidad de los hechos que evoca. Pero permite intuir, más allá de las motivaciones y rencillas

personales que a menudo alentaban la valoración de un autor, otra tensión implícita en el ejercicio de la crítica literaria finisecular: la política. Con su actividad periodística, temprana y posterior, Puga ejemplifica las limitaciones y los vicios de la prensa partidista de su época —al grado que sus enemigos políticos descalificaron su labor literaria por considerarla hija del mismo oportunismo—, mientras que con su obra crítica ilustra el modo en que, replegada en sí misma, ésta fue descubriendo poco a poco su espacio y lenguaje propios, su tierra natal: el texto. Aun cuando, por otra parte, apunte a un territorio que quedaba por ganar —el de la autonomía literaria, cuyas fronteras quedaron bien trazadas en los ensayos que “Brummel” dedicó a Díaz Mirón, a Peza y al “Duque Job”— y que Puga sólo dibujó desde fuera, sin animarse a entrar.

Don Victoriano Salado y don Tertuliano Álvarez

Juan López

Como lo primero es lo primero, por lo primero se ha de hilvanar este relato, para decir que la distancia que hay de Mexxicacán, mi tierra natal, a Teocaltiche, Jalisco, solar natural de don Victoriano Salado Álvarez, es muy corta, si acaso unas cuantas leguas. Eso sí, todo es salir de mi pueblo, dejar a un lado a “Toyahua [Zacatecas] segundo cielo”; saludar solemnemente a “Nochistlán [Zacatecas], gloria escondida”; desde lejos decir adiós a San Pedro Apulco, Zacatecas; y, en menos que un cura loco reza un credo al revés, llegar a Teocaltiche, tierra de chapulines. Tanto es así, que hasta la venerada imagen de la patrona teocaltichense, nuestra Señora de los Dolores, lleva sobre su pecho un chapulín de oro y pedrería que no me deja mentir.

Muy a pesar de esa cercanía, de niño nadie me dijo que “Tecualtiche”, como dicen los rancheros del rumbo, hubiera sido el lugar donde quedó el ombligo de don Victoriano; es más, yo ni sabía que hubiera nacido, crecido, reproducido y muerto el insigne Salado Álvarez en lugar alguno; yo ni sabía si el ilustre chapulín había llegado a ser todo lo que fue o si quedó en un modesto pajón y destripaterrones.

Lo anterior, muy a pesar de que en “Teocal” vivía don Donaciano Jiménez Iñiguez, padre de doña Macaria Jiménez Jáuregui de López, ahora mi señora madre—mi abuelo se había casado en segundas nupcias, decían, con una señora gorda gorda, muy gorda, pero riquilla, vaya lo uno por lo otro—; ni porque en ese lugar, también, vivía Hilaria López Delgadillo, según eso la

más bonita de las hermanas de mi padre, don José María López Delgadillo, casada la tal tía con don Benito, sabrá dios de qué apellidos, un muerto de hambre que, para otra de mis tantas y tantas desgracias, me encajaron como mi padrino de confirmación, ceremonia efectuada en la catedral de Aguascalientes. Del tal padrino solamente recibí, como galas ahijadales, un barquillo con nieve, de la que vendía un tal don Román, y un balero que, por cierto, no me gustó y, por lo mismo, nunca quise jugar con él; a pesar de eso y de otras muchas especies que omito por no destapar la familiar caja de Pandora y por no aburrir al lector, pero que me amarraban a "Teocal", nada sabía yo del tal don Victoriano, ni menos de don "Tertuliano"; es más, como siempre me ha sucedido, no sabía lo que debería saber.

A decir verdad, yo qué iba o no a saber de don Victoriano o de lo que fuera, si en mi escuela primaria a tiras y tirones había un libro de lectura solamente, el pobre jalaba para todos lados del salón; recuerdo que su nombre era *Rosas de la Infancia*, su autora fue doña María Enriqueta Camarillo de Pereira, ni más ni menos que la esposa del insigne historiador don Carlos Pereira; en ese bendito libro, dizque aprendimos a medio leer mis compañeretes y yo, si es que algo aprendimos.

He de acentuar lo de que en mi salón únicamente había un ejemplar del libro mencionado; lo que yo no sé es qué demonios hacían en mi casa dos libros: uno, la *Historia Sagrada* de un autor seguramente alemán, que mucho me gustaba hojear y ojear por tantos y tan bellos grabados como tenía; el otro libro era, admírese usted, *El Conde de Montecristo*, de don Alejandro Dumas, tétrico relato impreso a dos columnas, las que como dos líneas paralelas nunca llegaban a juntarse ni menos a terminarse, por ser como eran producto de la infame impresión de Sopena, Argentina.

Mi tía Sara, quien por haber criado a mi madre ha fungido, y funge, en mi genealogía como abuela, siempre fue, además de catequista, inyectora, modista, "preceutora" y general cristera, una lectora asidua, por ello, a mis hermanos y a mí nos indujo constantemente

a la lectura; mi tía siempre tuvo misales, catecismos, devocionarios, novenas, vidas de santos, años cristianos, un decimonónico diálogo entre un tal Electro y un por cual Desiderio, un Lavalle, letra gorda, un Frascuelo y algunos otros más, los que yo, de niño, leía y releía cuantas veces podía.

Mis recuerdos escolares nada tienen de agradables. Ha de ser porque a mí nunca me han gustado las escuelas, de tal manera, que cuando me he visto obligado a ser alumno de ellas, ha sido porque no me ha quedado otra alternativa; en las escuelas he tratado, con todo mi esfuerzo, de no hacer el menor de los casos a lo que en ellas se dice o se hace; de mi cuenta me hubiera quedado en autodidacto, que, si se ofrece, eso y no otra cosa he sido. Las escuelas me dan mala espina, quizá porque me recuerdan la paupérrima mazmorra de mi primaria en la que había dos energúmenos verdugos disfrazados de profesores, que Dante con todo y su infierno se quedaba en pañales, quizá sea por eso... o por inútil... o por los dos motivos.

Como lo que tiene principio trae aparejado un fin inexorable, mi escolaridad mexicacacense no pudo escapar a tal ley, y fue así como terminé el cuarto y último grado de primaria que había en la escuela rural de mi tierra: ahí no me quedaba más por hacer en mi baja calidad de escuelante: o repetía el cuarto año hasta especializarme en él, como para perfeccionarlo, o emigraba a Guadalajara, a hacer el quinto y sexto grados, indudablemente que en escuelas católicas, apostólicas y romanas “para que no se vaya a echar a perder el niño, en escuelas del gobierno”, diría mi madre.

Con esa directriz y con la influencia de mi tío don Lino Aguirre, entonces canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Guadalajara, después último obispo de Sinaloa y primero de Culiacán, ingresé a la Escuela Apostólica, del padre Arturo Espinosa Sánchez, más conocido como “Pinocho”; con este hombre bueno y rebueno cursé el quinto grado o algo parecido, para luego pasar al sexto año o “previo” al Seminario, a Santa Teresita, a un lado del padre Román Romo, al cuidado maternal de “Quica”, su hermana, y bajo la maestría del

presbítero bachiller don José Luis de Santiago, el mejor de los mejores profesores que he conocido en mi cada vez más larga vida; nadie como él para mencionar al alumno, nadie como él para vivir su profesorado, perdón, su magisterio, nadie como él para ser y hacer amigos, nadie como él, nadie como él, nadie como él.

De la mano del padre "Chago", nuevo Virgilio, sus alumnos recorriamos todos los caminos de México y del mundo en su clase de geografía; por su boca sabíamos todos los misterios de la religión y los ires y venires de la historia; el padre "Chago" trató de enseñarnos gramática, geometría y más geometría y cuanto hay; la mera verdad, y con todo y pena, he de decir que yo, jamás de los jamases, pude, puedo ni podré con las fe mentidas aritméticas ni menos con las matemáticas, muy a pesar de toda la sabiduría de mi maestro, el padre "Chago" y de quienes le sucedieron como mis profesores en tan misteriosos conocimientos.

A fuer de sincero, yo nunca he dado pie con bola en materia de números, así sean arábigos, romanos o de la nacionalidad que les venga en gana; aún retumban en mis oídos, como sermón de pésame, de tres caídas o de siete palabras, así de lúgubres, "tan lúgubres, tan lúgubres, como en la noche lúgubre el llanto del pinar", aquello que, tal parecía, se regocijaba en escribir un siempre maldito J.E. Rosán, quien entre infinitas majaderías, decía una como la siguiente:

Tenemos una alberca de 89.98 metros de larga, por 13.33 metros de ancha, con una profundidad de 10 metros en sus primeros 14.41 metros y con un deslizamiento de 5 grados. A esta alberca la provee de agua un chorro, que vierte un litro por segundo, pero, tiene una fuga de cinco centilitros cada 3 minutos. ¿Que capacidad tiene? ¿En cuánto tiempo se llenará?

Supongo, que usted, talentoso lector, también diría pestes del tal Rosán, como yo las pensaba del mismísimo padre "Chago", cuando, seguramente aconsejado por el demonio, me pasaba al paredón, perdón, al pizarrrón y me hacía que escribiera unas enormes cantidades, tan largas como la cuaresma; para el padre era un

gusto, qué digo gusto, era un gustazo mover el punto decimal para todos lados, como si manejara un ábaco, lo que para mí era como fusilamiento, agonía o cuando menos tormento.

Cuando me tocaba escribir y leer esas cantidades, yo sudaba más sangre que el padre Pío y la madre Neumman juntos en un Viernes Santo; pocos se me hacían todos los canonizados del cielo para acomodarme a su valiosa protección, pues, el resultado era nada, más otra nada, lo que juntas, hacían dos nada.

Ante aquellas cantidades infinitas, al tocarme leerlas, mañosamente yo hacía calderones y más calderones, con lo que lograba alargar el tormento y las palabras, en tanto recordaba las que seguían, por ejemplo: diez décimasmmm, ciento quince centésimasmmm; mil catorce milésimasmmm y así por el estilo; con lo anterior logré a pulso, el primer apodo que me enjaretaron, este fue, claro está, el de "Décimasmmm".

Para tratar de compensar mi absoluto idiotismo aritmético, la empecé a dar por juntar cuanto papel impreso me topaba y, con aires de solemne importancia, según yo, hacía como que los leía y, por si fuera poco, hasta hacía como que los entendía. La verdad es que debí haberme visto de lo más ridículo, y de lo de entender, seguro estoy que ni papa.

Fue en esa chocantísima etapa cuando, para mi fortuna, mis compañerillos olvidaron lo de "Décimasmmm" y, héte aquí que me endilgaron el segundo apodo, éste fue el de "Papirus", sobrenombre, que no sólo no me molestaba, sino que me enorgullecía, porque ya me sentía el depositario, cuando menos, de la Biblioteca de Alejandría.

En lo de los fatales números, las cosas seguían como hasta la fecha siguen; de veras que me appena ser tan burro, pero, ni modo; hago votos porque en mi reencarnación se componga algo de lo tan descompuesto.

Al ejercer mi destino de "Papirus", llegó a mis manos un libro titulado *De mi cosecha*, cuyo autor era un señor llamado Victoriano Salado Álvarez; leí el libro con sumo interés, aunque ciertamente sin capital, por-

que seguramente de aquel bello libro no entendí de la misa la media; pero, curioso como siempre he sido, procuré saber quién era el autor; para mi sorpresa, supe que había sido un "cahapulñín" nacido en Teocaltiche, de nombre Victoriano Salado Álvarez.

A propósito de Teocaltiche, bueno es decir que esta población es famosa en toda la región, porque ahí cada casa, en todo tiempo, desde que Teocaltiche es Teocaltiche, ha tenido un torno para madera y hueso; y siempre ha habido talleres y más talleres de cobijas, de sarapes y de jorongos; en las casas en las que no hay talleres, los hombres y las mujeres tejen la palma en trenzas infinitas como largas vías de tren; con estas trenzas se hacen sombreros que gallardos presumen los rancheros.

Trompos, baleros, molinillos, polveras, ajedreces, cucharas, cortaplumas, cobijas, guitarras, rebozos, chales, sombreros y cuanto hay, son alegría para los ojos, satisfacción para el tacto, regocijo para el olfato, encanto para el oído y alborozo para el espíritu.

En ese industrioso Teocaltiche, escenario de china-cos y de conservadores, por lo demás pueblo tranquilo y chismorrero, había nacido don Victoriano, en 1867, año fatal para las emes; sí, para Maximiliano, para Miramón, para Mejía y para Méndez; en ese pueblo habían nacido también los padres, los abuelos, los bisabuelos y los tatarabuelos de Salado Álvarez y, para más señales, todos ellos habían sido alambiques de hui-zache, chupatintas y pendolistas: escribanos.

La sangre de don Victoriano y de sus antepasados olía a jugo, a savia de los achaparrados arbustos que nacen por esas tierras y con cuya sangre-jugo-savia se fabrica la tinta, esa, la negra, la espesa, la de amacizarse con arenilla, la que largos y anchos trescientos años fue testigo de cargo en autos, en demandas y en contrademandas, en súplicas, en duplicas y en réplicas, en *ergos*, en distingos, en subdistingos y en contradistingos, en concedo la mayor y niego la menor.

Más por sabiondejo y por métomentodo, que por otra cosa, fui sabiendo, poco a poco, vida y milagros de don Victoriano; entre otros, que fue escuelante de pri-

maria en su tierra natal, en donde, al haber más grados que estudiar, hubo de parar en manos de clérigos bien dispuestos a enseñar latines, griegos, religión, gramática y más gramática; tanto estudió y tanto aprendió, que a poco, su pueblo le quedó chico y tan chico y tan pequeño que, para seguir en el aprendizaje, hubo de emigrar a nuestra madre y señora doña Guadalajara, la de los de Jalisco.

En la tierra tapatía fue matriculado en el legendario Liceo de Varones, sitio en donde otrora fuera el viejo Seminario Conciliar de Señor San José; en el Liceo acreditó su memoria, su talento y su talante; terminado que hubo los estudios preparatorios, el brillantísimo estudiante ingresó a la entonces escuela de Jurisprudencia; en dicha facultad, el mozo Victoriano devoró las Instituta, las *Siete Partidas*, del señor don Alfonso X el Sabio de Castilla; el *Fuero Juzgo*, el *Sala Mexicano*; los textos de Papiniano, de Ulpiano, de Modestino, de Gallo y de Justiniano los sabía al dedillo, de adelante para atrás y de atrás para adelante, motivos todos para que, a los 23 años, el teocaltichense gozara su título de abogado.

A tan lúcido abogado le fueron abiertas las puertas de los puestos públicos y de la sociedad tapatía; como consecuencia de lo anterior, fue nombrado juez y comisionado para hacer proyectos normativos, con lo que sentó fama de muy buen legisfactor, que es más ése, que ser legislador; tuvo a su encargo la dirección del Periódico Oficial del Gobierno de Jalisco, *El Estado de Jalisco*, del que yo, pasado mucho tiempo, también sería director.

Al revisar los archivos de *El Estado de Jalisco* y darme cuenta que don Victoriano había sido Director, no como yo: director, me entraba un orgullillo digno de mejor causa, tiempo, lugar y modo.

Cuando alguien se refería a mi burocrático trabajillo, encomienda que me fuera dada por el insigne don Agustín Yáñez, gran gobernador de Jalisco, a como diera lugar yo traía a cuento que don Victoriano Salado Álvarez había sido uno de mis antecesores, aunado yo, como dijera mi tocayo el Bautista, “No era digno, ni siquiera, de desatar la correa de su sandalia”, en el caso de quien escribiera

con la más sabrosa de las prosas, mieles y más mieles de *De Santa Anna a la Reforma*; *La Intervención*; *La Conjura de S. Bur* y las primeras tentativas de conquista de México por americanos del oeste; México peregrino; Mexicanismos supervivientes en el inglés de norteamérica; y después de su lamentable muerte se publicarían *La vida azarosa y romántica de don Carlos María de Bustamante*; *Tiempo viejo*; *Tiempo nuevo*; *Minucias del lenguaje*; *Rocalla de historia*; *Sobre unión centroamericana*; *De mi cosecha*; *Nuevas orientaciones de la poesía femenina*; *La novelesca vida del primer ministro de México en los Estados Unidos* y otros más que sería cansado enumerar.

En atención a la brevedad, de la que tan bien hablará el austero padre Gracián, solamente diré que don Victoriano, *pape lucrando*, paleografio el *Libro segundo de la crónica miscelánea en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la Santa Provincia de Xalisco en el Nuevo Reino de la Galicia, Nueva Vizcaya y descubrimiento del Nuevo México*, del insigne cronista don fray Antonio Tello; tradujo el célebre libro de la marquesa de Calderón, con el sinsabor de que los filibusteros de siempre se apropiaron su trabajo; también dedicó su tiempo a escribir para periódicos y revistas nacionales y extranjeros; basten como botones de muestra *La Prensa*, de San Antonio, Texas; *La Opinión*, de los Angeles, California; *Excelsior* y *El Universal*, del Distrito Federal; *El Diario de Yucatán*; *El Informador*, de Guadalajara; y, otros periódicos y revistas que no menciono para no cansar a los lectores.

Don Victoriano sí escuchó el canto de las sirenas capitalinas y fue así que, como otro Zarathustra, abandonó su patria y el lago de su patria; en anhelante búsqueda de nuevos horizontes se fue a vivir a la Ciudad de México, en donde hubo de sufrir mil y una penalidades, hasta que, gracias a su esclarecido talento y a su constancia, poco a poco escaló los peldaños de las glorias.

Hubo momentos en los que, con nostalgia, recordó a su tranquila Guadalajara, a su clima, a su altitud, a sus amigos, entre ellos a los dos López Portillo: don Jesús y don José,

Serrano el primero, Rojas el segundo, padre el uno, hijo el otro; a Puga y Acal; a González Martínez; a Gilberto Lazo; a Pérez Verdía; a Coronado; a Zaragoza; a Álvarez del Castillo; en fin, a su *República Literaria*, y a... y a tantos y a tantos que fueran sus compañeros de juegos, de estudios, de recuerdos y de ilusiones.

Don Victoriano abandonó sus prensas, sus periódicos, sus sentencias y fuese a la capital engañosa, engañada y engañante a darse de topes contra todos los muros de lamentaciones y a sufrir el noviciado de todo provinciano; a su tiempo ya llegarían mejores aires, mientras tanto, a sufrir y a padecer.

Que nuestro paisano triunfó en la Ciudad de México, ¡sólo eso faltaría!, que no fuera a ganar, y con creces, el hombre que estaba dale que te dio a triunfar, y con su talento, y con su memoria, y con su estilo, y con su elocuencia, y con todas las virtudes que siempre le adornaron, nomás faltaría que el alteño no hubiera triunfado como triunfó.

Porfirio Díaz, los porfiristas y hasta los porfirianos apreciaban el talento de los hombres y, como buenos catadores, buscaban y rebuscaban hasta encontrar al poeta, al novelista, al polemista, al historiador, al intelectual, al culto y, ... y cuando uno de estos menos lo esperaba, eran subidos al tren de las cámaras legislativas o de la alta burocracia judicial o de la ejecutiva.

Los "porfirios" nunca le temieron al talento ni al talante, no, los aprovechaban; los viejos científicos tuvieron el genio de descubrir nuevos valores y de adoptarles en la línea sucesoria; fue así como en el Congreso de la Unión, en la "Corte Suprema" y en los "misterios", se veía ir y venir a los jóvenes más prometedores del país, uno de ellos fue don Victoriano Salado Álvarez.

Nuestro paisano fue electo diputado y senador, y nombrado secretario general de gobierno del estado de Chihuahua por quien fuera su muy amigo, su muy protector: don Enrique C. Creel, gran señor, con quien Salado Álvarez ligara su vida para siempre y de quien fuera secretario en la embajada de México en Estados Unidos y luego sucesor.

Nunca imaginó el escritor de *El Mundo Ilustrado*, de *El Imparcial* y de *El Estado de Jalisco*, que habría revolución y que ésta, directamente, le haría, aunque fuera por muy poco tiempo, encargado del despacho de la Secretaría de Relaciones Exteriores, embajador y desterrado.

Don Victoriano fue el puente, el muy buen puente, en Relaciones Exteriores entre el 27 y el 31 de marzo de 1911 y, tanto lo fue, tanto lo hizo con atinencia y prudencia, que el maderismo le envió como embajador a Guatemala, luego a El Salvador y, por último a Brasil; toda esta actividad la desarrolló en los tiempos difíciles de 1911 a 1915; la pena fue que no quedó bien con Carranza, con los carrancistas y hasta con los “carrancenses” y “carranclanes” quienes, todos ellos, se dieron el torpe, torpísimo lujo, de motejar al escritor mexicano de prosa más sabrosa, de prosa más jocunda, de prosa más profunda, de prosa más ágil, como reaccionario, como fanático, como clerical y mil insultos más, solamente porque don Victoriano nunca aceptó y nunca quiso conjugar el verbo “carrancear”.

Ya que con los “carranclanes” hemos topado, Venustiano has de saber, que mientras haya quien hable nuestro lenguaje, habrá quien recuerde a don Victoriano como benemérito de nuestro pensar, de nuestro hablar y de nuestro escribir.

A Salado Álvarez no le quedó más que penar el *vía crucis* del destierro, aunque, cuando estuvo en España, fuera transtierro; en la tierra de nuestro amo y señor don Quijote y de nuestro hermano Sancho, vivió cinco años dedicado a limpiar, a fijar y a dar esplendor a su pluma y a nuestro idioma.

Ya que se transitan los caminos tristes del destierro, bueno es, perdón, malo es decir que el desterrado hubo de padecer, y doble, por haber vivido desterrado y en Estados Unidos; sucedió que en la época llamada de la cristiada, un vecino fue infamado de connivencia con los “fanáticos”, y como Salado Álvarez no tenía pelos en la lengua, escribió en los periódicos para poner la verdad en su lugar, y eso bastó para que se le desterrara;

hoy se le hubiera impuesto la más alta de las modernas condecoraciones.

En Estados Unidos, don Victoriano apuró todos los cálices, desde el más amargo hasta el más intragable, y hubo de caer en el precipicio sin fondo de la depresión empujado, segundo a segundo, por el peso amargo del destierro y por el jalón infinito de la desaparición física de su único hijo varón; todo esto logró arrojarle del caballo galopante del acedo liberalismo y, como Saulo, ya en el suelo, voltear al cielo y, de ahí en adelante, reiniciar el interrumpido "Padre Nuestro, que estás en los cielos..."

Con una herida abierta en el corazón que no dejaba de manar sangre y más sangre, y con unos ojos manantiales de inagotadas lágrimas, don Victoriano lloraba día y noche al hijo muerto y a la patria lejana, esquiva, huidiza, áspera, madrastra; con tan grandes cargas a cuestas, no le quedaba sino trabajar cuarenta y ocho horas al día en investigaciones históricas y en bienescibir cerros y más cerros de artículos periodísticos para mantener a su familia con el decoro que ésta merecía.

Los sufrimientos le golpearon a toda hora, quizá fue esta la causa por la que, poco a poco, su corazón se fuera descascarando del barniz jacobino y del unívoco positivismo; el tragaobispos y comtista de ayer, sin querer, se fue tornando en el espiritualista resignado quien volviera sus pasos cansados al "Todo fiel cristiano..."

Medio apaciguado el país, regresó a su idolatrado México, ya sin el hijo adorado, con menos años que desengaños; con más, muchos más conocimientos, con más experiencia, ciencia y conciencia; cargado de sufrimientos y de pesares; repleto de saberes y de olvidares.

En México fue lo que siempre había sido, el gran señor de las letras, el gran señor de la historia, el gran señor del idioma, el gran señor de la imaginación: una vez más se sentó en los sitios que correspondían a su bondad, a su amistad, a su honestidad y a su sabiduría.

Las academias y los salones abrieron sus puertas a don "Tertuliano", digo, a don Victoriano, solamente que acechante y sin cometer un solo error, seguía sus pasos y muy de cerca la *palida mors, aequo pulsat*

pede, regumque turres pauperum tabernas; pero ni los “carranclanes” ni los callistas ni la misma muerte pudieron matar la vida que don Victoriano Salado Álvarez diera, como dio a nuestra historia, a nuestra leyenda, a nuestra lengua castellana.

El secretario perpetuo de la Academia de la Lengua dejó de serlo y para siempre; la pluma ágil, serena, severa, cazurra, festiva, maliciosa y talentosa había quedado abandonada y cubierta de polvo sobre el noble escritorio, guardián de los secretos de su amo.

El cuento y la plática de don “Tertuliano”, sí, de don “Tertuliano”, porque la madre de don Victoriano, festivamente decía que se había equivocado de nombre con su hijo, que más conveniente hubiera sido bautizarle con el nombre de “Tertuliano”, porque donde quiera que se encontrara don Victoriano, se gozaba de la mejor de las tertulias por lo platicón, por lo gracioso, por lo ingenioso y por lo erudito de su hijo; pero la historia, la leyenda, la bondad, la sabiduría y la biendicencia lloraron desconsoladas el día en el que murió don Victoriano... el día en que murió don “Tertuliano”.

Una novela sobre los orígenes de Guadalajara

José Luis Martínez
Academia Mexicana de la Lengua

Consecuencias de una fama

La fama que al parecer he alentado, de que me interesan casi todos los libros y de que estoy dispuesto a leerlos y guardarlos, ha originado donativos curiosos. Uno de los últimos vino de mi antiguo colaborador en el Fondo de Cultura Económica y luego gerente de *La Jornada*, Jorge Farías Negrete. Me explicó que eran libros que pertenecieron a su familia. En la caja había una miscelánea: viejos textos escolares de historia, de Malet e Isaac y de Ducoudray, en los que estudié; un *Werther* y una comedia del proscrito José María Pemán; un tomito de la preciosa colección de las "Musas Lejanas", con el texto del *Poema del Mío Cid* arreglado por Pedro Salinas, que me faltaba; un tomo del teatro de los Álvarez Quintero; una novela de Wenceslao Fernández Flores, *La vaca adúltera*, y varios libros que ya tenía: el *Poema pedagógico* de Makarenko; *Anímula* de Mariano Silva y Aceves; el *Credo* de López Méndez; la monografía sobre Xochimilco de Rafael García Granados; el folleto de la UNAM, *Dedicación del aula "Ramón López Velarde"*, homenaje de la Escuela Nacional Preparatoria, de 1930; libros menores y una novela histórica, *Guadalajara, ciudad errante*, de Manuel J. Aguirre, publicada hacia 1951 en México, sin abrir. Cuando fue oportuno, la leí y me entusiasmé.

Aguirre y sus obras

Manuel J. Aguirre (1893-1978) fue un periodista de renombre. En *la Biografía de los escritores de Jalisco*, Gabriel Agraz García de Alba¹ presenta una extensa ficha sobre él. Nació, como don Victoriano Salado Álvarez, en un pueblo que éste describió sabrosamente –Teocaltiche–, aislado del norte de Jalisco, y allí estudió hasta el cuarto año de primaria. A los diecisiete años empezó a escribir periodismo como corresponsal de *El Regional* de Guadalajara. En su pueblo natal editó en 1919 *El Mensajero*, periódico revolucionario. El profesor Basilio Vadillo, director de *El Nacional Revolucionario*, en 1929 lo llamó a colaborar y luego lo nombró corresponsal en Guadalajara. Hacia 1923 se trasladó a la ciudad de México donde ocupó puestos públicos. Su libro sobre *Cananea, las garras del imperialismo en las entrañas de México*, con prólogo de Juan N. Chávarri,² lo hizo merecedor de una medalla y homenaje de la Prensa Unida de Guadalajara; y su obra *Teocaltiche en mi recuerdo*. Romances, leyendas, recuerdos y tradiciones de mi tierra, con prólogo de Felipe Sevilla del Río,³ le ganó un diploma del pueblo de Teocaltiche. Este, que por suerte ya tenía, es libro singular. Está escrito en versos octasílabos que describen con llaneza y gracia los encantos y costumbres del pueblo. He aquí unas muestras:

Las campanas de mi tierra/parece que tienen alma/
y que cada pensamiento/expresan con toda calma.

De “Las bodas de rancho”:

Buen número de comales/usaban las torteadoras/
aparando las tortillas/en canastas piscadoras.

Un apaste para el mole;/Para la sopa de arroz/
grandes cazuelas de barro,/siempre por lo menos dos.

Igualmente los frijoles/que de manteca chinitos,/
se servían acompañados/de tostadas doraditas.

Siempre en la tanda primera/sientan a los impacientes/
sirviéndoles los manjares/en platos de Aguascalientes.

1. México: UNAM, 1980, t. I, pp. 128-130.

2. México: Costa-Amic, 1958.

3. México: Costa-Amic, 1958.

Uno con sopa de arroz;/el mole de guajolote,/ luego frijoles con queso/y a limpiarse el bigote.

Es de Ley comerse todo;/quien deja algo en el plato,/ se lo doblan por rigor/de acuerdo con el mandato.

Quienes saben las costumbres/y conocen las maniobras,/ llevan unas arganitas/para cargarse las sobras.

Estos versos de Manuel J. Aguirre son de una sencillez y gracia encantadora, como de un enamorado de su pueblo y sus costumbres. Su último libro sería *Ensayo histórico de Teocaltiche*, con presentación de Alfonso Manuel Castañeda,⁴ que desconozco. Tampoco he encontrado la "Novela costumbrista y social revolucionaria" llamada *Alma campera (Panorama nacional)*, con prólogo de Guillermo de Luzuriaga.⁵

4. México: Costa-Amic, 1958.

5. México: Imp. de J. Jesús Covarrubias, 1940.

Guadalajara, la ciudad errante

Hagamos ahora referencia a la novela histórica *Guadalajara, la ciudad errante*. Después de una explicación que hace el autor de sus intenciones y fuentes consultadas, lleva un breve prólogo del historiador Luis Pérez Brotchie en el que precisa que Aguirre ofrece una "biografía de Guadalajara al nacer, desde su concepción en Nochistlán, hasta su maduro alumbramiento en Atemajac" y, asimismo, que "sigue la secuela histórica del mencionado Pérez Verdía", el autor de la historia canónica de Jalisco.

De los veintiséis capítulos que tiene la novela, los trece primeros se refieren a los problemas que tuvo la fundación de Guadalajara, con los incidentes conocidos de las crueldades y caprichos de Nuño de Guzmán y las intervenciones pintorescas de la aguerrida Beatriz Hernández. El autor introduce en la acción histórica un idilio novelesco: Molotzin, un soldado indígena, y su amada la bella Tonanzin, la cual es asesinada por el soldado español Pedro Ximeno.

Tenamaztle

En los capítulos finales de esta primera sección y en toda la segunda, el héroe es el caudillo indígena Tenamaztle, que pertenció a la tribu de los caxcanes y cuyo nombre cristiano fue Diego o Francisco Zacatecas. Él encabezó la lucha de los pueblos indígenas en esta región del norte de Jalisco, Aguascalientes y Zacatecas, contra los españoles, que culminaría en la defensa del peñón de El Miztón.

Llegada y muerte de Pedro de Alvarado

Al mismo tiempo, en junio de 1541 llegó a Guadalajara el adelantado Pedro de Alvarado, quien con sus tropas se dirigía a un puerto para embarcarse hacia el Oriente. Famoso por sus crueldades, Alvarado era un capitán que había triunfado en la conquista de Guatemala. El gobernador de la Nueva Galicia, Cristóbal de Oñate, le expuso la difícil situación en que se encontraban los españoles en vista de la rebelión indígena y le pidió ayuda. Como si fuera una empresa menor, Alvarado acepta y jactancioso, le dice:

Sois demasiado medroso. Vergüenza es que cuatro gatillos encaramados en los riscos de los montes hayan hecho tanto ruido, que estén alborotando y poniendo en grave alarma a dos reinos, ya que con menos gente de la que yo traigo basta y sobra para sujetarlos. No hay que esperar más.

Luego añade: "Acostumbrado estoy a vencer indios de todas partes en tantos años de continuas campañas, y no había de ser en esta vez una excepción".

En el peñol de Nochistlán se trabó una lucha feroz entre españoles e indígenas. Estos, capitaneados por Tenamaztle, iban de triunfo en triunfo y los españoles se vieron forzados a emprender la retirada. Perseguidos por los indios, los invasores tuvieron que atravesar una barranca muy áspera. El adelantado Alvarado bajó de su caballo para cruzarla. Su escribano Baltasar de Monto-

ya llevaba el caballo, pero se le soltó la bestia que resbaló y fue a caer sobre Alvarado. Le destrozó las costillas y lo hizo rodar cuesta abajo. Malherido, fue llevado en parihuela a Guadalajara. Allí Oñate le recordó su advertencia de esperar ocasión mejor. Y Alvarado le contestó: “Ya es hecho. ¿Qué remedio hay? Curar el alma es lo que conviene”.

Así lo consignaría el cronista fray Antonio Tello. El 3 de julio de 1541, el orgulloso adelantado Pedro de Alvarado, apodado “Tonatiúh”, expiró.

Ataque y traslado de Guadalajara

Las huestes indias de Tenamaztle siguieron adelante en su lucha y, abandonando sus fortalezas de los peñoles, decidieron atacar Guadalajara. En la defensa de la ciudad, Beatriz Hernández enardeció la lucha y dio ejemplo de ferocidad. Y gracias a la habilidad del gobernador de Oñate, que decidió atacar a los sitiadores al atardecer, el triunfo fue de los españoles que tomaron numerosos prisioneros indios.

La condición inerte en que se encontraba Guadalajara, entonces establecida en el valle de Tlacotán, forzó a Oñate a reunir una junta de vecinos para decidir el asiento de la ciudad. Abandonaron Tlacotán y se trasladaron al valle de Atemajac, sitio definitivo de la “ciudad errante”, como la llama Manuel J. Aguirre.

Expedición del virrey Mendoza

Pero la muerte de personaje tan famoso como el adelantado Pedro de Alvarado y, sobre todo, el poderío que seguían alcanzando los indios capitaneados por el caudillo Tenamaztle, que estaban atrincherados en los peñoles de Nochistlán y de El Miztón en las estribaciones de la Sierra Madre Occidental, preocupaba al gobierno de la Nueva España. En consecuencia, el virrey Antonio de Mendoza organizó una expedición poderosa que

él mismo encabezó para hacer la guerra a los indios rebeldes. El 22 de septiembre de 1541 el ejército, formado por dos mil españoles y varios miles de soldados indígenas tlaxcaltecas, mexicanos y tarascos, salió de la Ciudad de México. Un mes después, el gobernador Oñate los recibió en Acatic, y ambos emprendieron la lucha. El peñol de Nochistlán fue el primer objetivo; Miguel de Ibarra recibió el mando del ataque. Este capitán tuvo un encuentro con el cacique Tenamaztle, que era su amigo. “¿A qué venís, señor? —le dice como saludo— ¿Queréis que os demos otra paliza?”

Ibarra, sin inmutarse, le dice que viene a pedirle que deponga su rebeldía, que recuerde que es cristiano y está obligado a obedecer a Su Majestad católica y que si no cambia de actitud, los que no perezcan serán hechos esclavos.

¿Esclavos? —responde Tenamaztle—. Precisamente para no seguirlo siendo ni dejar esa oprobiosa herencia a nuestros hijos estamos aquí, tomando actitud: preferimos la muerte a la pérdida de nuestra libertad. Si nos requerís de paz, yo también os requiero en igual forma, en nombre de los valientes que mando, a que os devolváis a Castilla, seguros de que en nada iremos a molestaros.

El combate fue terrible y duró varios días. Y cuando la victoria parecía favorecer a los defensores, la traición de un cacique indio abrió el camino a los españoles y los indígenas tuvieron que replegarse hacia el otro peñol, El Miztón. El sitio de esta fortaleza natural fue encarnizado y los españoles echaron mano de las negociaciones y formularon un extenso alegato o requerimiento —que Aguirre reproduce—, el cual tradujeron al náhuatl, aunque no se precisa el efecto que haya tenido. Y según nuestro autor, este sitio de El Miztón concluyó con la traición de dos mil indios de Teúl, que franquearon el paso a los sitiadores.

Manuel J. Aguirre termina con esto su relato de los hechos de Tenamaztle y concluye pidiendo que su nombre se inscriba junto a los otros grandes capitanes indios que defendieron su patria: “Xicoténcatl, Cuitláhuac, Cuauhtémoc, Coaxicari”. Los dos capítulos finales vuelven a la

historia de Guadalajara para narrar su fundación definitiva y la recepción del título de ciudad en 1542.

La novela histórica de Manuel J. Aguirre, que tiene ilustraciones poco felices de Raúl López Iriarte, merece reproducirse para que los jaliscienses recuerden, con toda amenidad, la historia de los orígenes de Guadalajara, y para que conozcan los hechos de este valiente cacique indio, llamado Tenmaztle, o don Diego o don Francisco Zacatecas, que defendió con desnudo su patria. Y sugiero que al título del libro se añada entre corchetes: con las hazañas de Tenamaztle.

Miguel León-Portilla cuenta el resto de la lucha de Tenamaztle

Los cronistas antiguos de Jalisco, fray Antonio Tello y Matías de la Mota Padilla, se refirieron a la rebelión de los caxcanes en los peñoles chimallhuacanos, pero ignoraron al caudillo indígena Tenamaztle. Considero que el primer historiador que comenzó a mencionarlo fue Luis Pérez Verdía en su *Historia particular del Estado de Jalisco*, publicada por primera vez en 1910-1911 reimpresa en 1951. En el capítulo XII se refiere al belicoso Tenamaztle y expone los pormenores de la lucha entre las huestes del virrey Mendoza y los indios sublevados. En su notable monografía sobre *Don Antonio de Mendoza*, Ciriaco Pérez Bustamante,⁶ menciona al héroe indígena. José López Portillo y Weber, en *La conquista de la Nueva Galicia* (1935) y en *La rebelión de la Nueva Galicia* (1975 y 1980), también se refiere a los hechos del caudillo indígena al que nombra Tenamishtli. José maría Murià, en su *Breve historia de Jalisco*⁷ escribe sobre la derrota que las huestes de Tenamaztle impusieron a la gente de Pedro de Alvarado y al hecho de que el caudillo fue hecho prisionero y luego liberado. Ernesto Juárez Frías, escritor zacatecano, me dio a leer recientemente un estudio laudatorio, ilustrado por él, acerca del héroe Tenmaztle. Este libro está por publicarse.⁸

6. Santiago de Chile: s.e., 1928.

7. Guadalajara: SEP-Universidad de Guadalajara, 1988.

8. Añado dos referencias más: Carlos Sempat Assadourian, "Don Francisco Tenamaztle, señor de nochtistlán, y el derecho indio a la guerra. Un alegato escrito en 1555 por fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas". Ponencia presentada en el simposio *Dos décadas de investigación en historia económica comparada en América Latina. Homenaje a Carlos Sempat Assadourian*, CESU-UNAM, CIESAS, El Colegio de México, Instituto Mora, 18 de marzo de 1996. Fray Vicente Rubio, OP, "Cacique Tenamaztle sufrió destierro perpetuo sin haber sido juzgado por la Audiencia de México", *El Caribe*, Santo Domingo, 4 de mayo de 1991, pp. 10-11.

La totalidad de estos historiadores y cronistas que se ocuparon de Tenamaztle lo abandonaron en 1541, cuando el héroe indígena, derrotado en El Miztón, fue hecho prisionero. Gracias a un excelente estudio monográfico de Miguel León-Portilla, es posible saber con la mayor precisión posible, lo que ocurrió con él en España. El subtítulo de tal libro llamado *La flecha en el blanco*⁹ lo precisa: "Francisco Tenamaztle y Bartolomé de las Casas en lucha por los derechos de los indígenas 1541-1556". El autor de la *Visión de los vencidos* hizo una investigación ejemplar. En el Archivo General de Indias de Sevilla encontró la documentación pertinente y rastreó, además, las huellas de esta lucha en los códices poshispánicos y en varios mapas de los cartógrafos europeos. Singularmente impresionante es la representación imaginaria del asedio de los españoles al peñol, con la caída del caballo de Alvarado, el que, gravemente herido, es auxiliado por dos hombres. Aparece en la obra de Theodoro De Bry, *Americae Pars Quita*¹⁰ y se reproduce en la página 75 del libro de León-Portilla.

Tenamaztle fue llevado preso a España en 1552 por orden del nuevo virrey don Luis de Velasco. En sus cárceles debió esforzarse por aprender el español y a escribir. Ya habían pasado diez años de penurias cuando, el mismo año de su llegada, coincidió en Valladolid con fray Bartolomé de las Casas, quien acababa de publicar su *Brevisima relación de la destrucción de las Indias*, en la que se refiere a las atrocidades perpetradas por Nuño de Guzmán en el reino de Jalisco.

El testimonio vivo de las vejaciones que los capitanes españoles hicieron sufrir a los indígenas, expresado por Tenamaztle, adquiere forma jurídica con el rico arsenal de argumentos que le da el padre Las Casas. Así aparece en el documento que dirigen al rey y a su Consejo de Indias: "Ciertas peticiones e información..."

Las injusticias y crueldades que un Juan de Oñate y Cristóbal de Oñate y un Miguel de Ibarra, que hizo capitanes, cometieron en aquel reino, no pudieron ser vistas ni pensadas. Ahorcaron a nueve principales señores, otros deudos míos, nobles y vasallos principales, porque por las vejaciones y

9. México: Diana-El Colegio Jalisco, 1995.

10. Francforti ad nenum, 1595.

11. "Carta de don Francisco Tenamaztle de 1 de julio de 1555". Archivo General de Indias. Audiencia de México, 205, fol.4-5

azotes y palos, y otros diversos malos y crueles y no sufribles malos tratamientos que recibían los comunes indios, no pudiendo sufrir tanta impiedad y maldad, huíanse a los montes, como naturalmente se huye el buey manso de la carnicería.¹¹

En Valladolid, el caxcán de Nueva Galicia sufría en las cárceles "en esta tierra tan diferente y extrema en frío y en calor de la mía donde nací y he sido criado". Pidió que se le concediera ayuda económica para comprar la ropa que necesitaba, y solicitó asimismo que se pague "a su maestro y criado", que debió ser quien le ayudaba a instruirse.

Miguel León-Portilla reproduce completo el alegato que presentó Tenamaztle el primero de julio de 1555. Es un documento impresionante por el relato que hace su autor de las injusticias y crueldades que sufrió un pueblo de parte de los españoles y que los orilló a la rebelión y a la lucha contra los invasores. Concluye pidiendo su libertad y la de los vecinos de Nochistlán y Juchipila, y se ofrece a atraer al servicio de la corona a los indígenas rebeldes. Como complemento de esta información, se añaden las declaraciones que, a favor de Tenamaztle, hicieron dos frailes y un soldado que participó en la guerra de El Miztón.

No existe constancia de la resolución que haya dado el Consejo de Indias a los alegatos y peticiones de Tenamaztle, ni sabemos si fue liberado y pudo volver a su tierra e ignoramos cuándo murió.

Tenamaztle —comenta Miguel León-Portilla— hubo de aprender en su exilio. Él, que quería volver a su tierra y a los suyos, gracias a su maestro y guía, fray Bartolomé, se volvió en cierto modo lo que hoy se describe como "bicultural y bilingüe". Sin dejar de ser caxcán aguerrido, se apersonó ante la Justicia Ordinaria de Valladolid, presentó testigos, uno al menos que personalmente conocía. Recordó experiencias y aceptó lo que el dominico le aconsejó. ¿Qué otra cosa podría hacer? ... El clamor de los que desde Nayarit hasta Zacatecas y Jalisco se levantaron en demanda de justicia, resonó luego en la misma España por boca de un indio. Con su presencia y su palabra, don Francisco Tenamaztle tiene un lugar distinguido en el elenco de los que han luchado por lo que a muchos parece imposible alcanzar, eso mismo que concisamente expresó otro al afirmar que el respeto al derecho ajeno es la paz.

Cuando todo se ha dicho...

Antonio Gómez Robledo

... y redicho sobre aquellos que han pasado de esta vida sin haber muerto del todo (*non omnis moriar*, porque su persona y su obra continúan gravitando sobre sus pósteros), cuando todas las ponderaciones van diluyéndose lentamente en la estela del recuerdo, todavía, y por más que pasen los años, quedará, para algunos de entre ellos, el supremo dictado que, a mi juicio, puede tributárseles, y que está en las palabras de Antonio, la noche de Filipos, frente al cadáver de Bruto: "Este fue un hombre". Un hombre, ya se entiende, no en cuanto una unidad más, amorfa y fortuita, de la especie, sino como el prototipo pleno, normativo, paradigmático, y que por ello es la gloria y el honor del linaje.

De Agustín Yáñez, a lo que me parece, podemos predicar otro tanto, porque en él también, conforme a la manida pero siempre viva sentencia de Terencio, nada de cuanto es humano le fue ajeno, nada de cuanto es humano hacia lo alto y lo profundo, *usque ad sidera et usque ad inferos*, como decían los romanos.

Por sus fuerzas vitales, en primer lugar, el goce y la dilatación, de par en par, de los sentidos, "los sentidos al aire", según lo dejó escrito. ¡Con qué frenesí, Agustín, amaste la vida! ¡Cómo pudiste ser —fue algo que siempre me fascinó en ti— tan introvertido y tan exuberante!

Pero en seguida, y en el reino intermedio entre la sensibilidad y la espiritualidad (de estas zonas indecisas está hecho el hombre), este amor de la vida conllevó en él, irresistiblemente, la voluntad de ofrecer, compartir y propagar la vida, sin reserva alguna, con la irrevocabilidad de las decisiones supremas. El amor egoísta

de la vida, en razón de su energía irradiante, trasmutábase en amor altruista, y por esto ha podido escribir Octaviano Valdés que la mayor excelencia de Agustín Yáñez reside en “haber sido, durante más de cuarenta años, árbol de ancha sombra amorosa, para su esposa y sus hijos”. Tengo una carta de él, todavía de sus años mozos, en que me narra el deslumbramiento que le causa el progresivo despertar de sus hijos a la vida de la inteligencia y del sentimiento, y añade: “No hay, en verdad, espectáculo mayor en la vida del hombre”.

En fin, sin salir aún del reino de los valores vitales, digamos que Agustín Yáñez, en cualquiera de sus aspectos y todo él por entero, es totalmente inexplicable si se prescinde, se soslaya o se atenúa su arraigo, por todas sus raíces, por todos sus poros, en la tierra mexicana. En ella estuvo, desde que vio la luz, primero por sus padres, “obrero y campesina”, como lo dijo él mismo orgullosamente, y luego por la tierra de sus padres (su patria en el sentido prístino del término, *terra patrum*) Los Altos de Jalisco, tierra mexicana entre todas sus homónimas. ¿O hará falta recordar que, según lo ha mostrado José López Portillo y Weber, la rebelión de Nueva Galicia, cuyo teatro estuvo en la subida a Los Altos, fue el mayor amago al naciente poder virreinal, a tal punto que estuvo en trance de hacerle zozobrar de una vez por todas?

Por su stirpe, pues, la meseta alteña, y por su nacimiento, el suyo propio, Guadalajara, la ciudad errante y peregrina en sus primeros años, y que al fin, después de un copioso trasiego de tierras y gente, asentóse definitivamente en el valle de Atemajac. Bajo su cielo azul y en su ancha planicie, abierta a todas las lejanías, a todos los horizontes, cálidos, luminosos, vigilia constante del espíritu, transcurrió nuestra infancia y primera juventud.

El paisaje tapatío, no menos que el ateniense, son, de esta suerte, el mayor estímulo para el pensamiento, y uno y otro, Agustín y yo, sentimos esta correspondencia cuando juntos visitamos Eleusis, el santuario del mundo antiguo donde por vez primera, bajo la inspiración órfico-pitagórica, se abrió el alma —se abría cada año durante la celebración de los misterios— a la esperanza de la

resurrección. Y por lo pronto, sentimos aquella mañana aletear sobre nosotros la sombra de la muerte, pues al salir de aquel lugar tuve que llevarlo de urgencia con el médico, en el primer amago, posiblemente, del mal que, no muchos años después, había de llevárselo.

Entre Eleusis y Guadalajara, felizmente media medio siglo, retrocediendo en el cual, como puede hacerlo la imaginación y la memoria, ubiquémonos por un momento en la Guadalajara de la segunda década de nuestro siglo [xx], la de los años veinte, la que presenció la ascensión de Agustín Yáñez, y de sus compañeros de grupo o de generación, al reino superior que configura el dominio más propio y específico del hombre, el reino del espíritu y de la cultura.

Guadalajara hace hoy todo lo posible por parecerse cada vez más a un burgo tejanizado (lo dijo así Agustín Yáñez) pero en aquel entonces, y según la cantó Rafael López, Guadalajara era aún la "riente ciudad clara; suprema rosa, o mejor, perla cautiva en la diadema de la patria".

No perdió este hechizo —los tapatíos podemos decirlo— ni durante la guerra cristera, con su epifoco principal en Jalisco; nuestra segunda guerra de tres años (1926-1929), guerra a muerte como la primera, sin cuartel y entre los mismos contendientes. ¿O no es Lauro Rocha, a las vueltas del tiempo, como diría también Agustín Yáñez, una réplica fiel, a su modo, de Miramón y Osollo?

Por qué habrá sido, no lo he sabido nunca verdaderamente, pero el hecho ha sido que la sangre y la licencia o el desenfreno de las facciones (llámense blancos y negros, como en Florencia, o mochos y chinacos, como entre nosotros) no han impedido, por lo común, el florecer de la cultura, de la más alta y la más refinada.

Sería de lo más impertinente, aquí y ahora, el querer documentarlo históricamente, y para ceñirme exclusivamente a mi generación, he de decir que todos maduramos en lo esencial, antes del éxodo a México, en nuestras convicciones fundamentales, en nuestras actitudes valorativas, nuestras rutas interiores predi-

lectas, en nuestra cosmovisión, en suma, y todo ello en aquellos años terribles del conflicto religioso, cuando nadie estaba seguro de poder entrar o salir de su casa sin ser víctima de plagios y toda suerte de atropellos. No obstante, pudimos consumir sosegadamente el tránsito de la vida biológica a la vida intelectual, la que desde entonces se adueñó de nosotros para siempre, porque la Guadalajara de hace medio siglo era aún la que luego pintó Agustín en su

almo recinto, la maternal conseja de las campanas, el tiple de la lengua, el sabor del pan, las charlas de las mujeres, la verdura y frescor de los patios, la música romántica de las cantinas, el paso de los cortejos fúnebres, a pie, lentamente, rumbo a Mezquitán, el rodar de bicicletas y coches de caballos, el ocio de los músicos en el portal a mitad de la mañana, y el de los burgueses a la puerta del casino, y las tertulias del museo y de las librerías, el tiempo perdido en las bancas de los jardines, fidelidad de los pregones...

De todo aquello lo único que alcanzó a pervivir por algún tiempo, hasta que se fueron muriendo sus asistentes, fue la tertulia del museo, verdadera tertulia eutrapélica, como la que en Bogotá existió con este nombre. El anfitrión era el director en turno del museo, primero Ixca Farías, después José Guadalupe Zuno, y el grupo de contertulios, arrellanados en cómodos equipales, recibió la denominación de grupo Ovoide. Genaro Estrada solía decir que sólo por tres cosas hacía alto en Guadalajara: por la librería de viejo de Fortino Jaime, por el agua de arrayán de los portales y por los equipales de Ixca.

¿Cuándo empezó a escribir (escribir y publicar, se entiende) Agustín Yáñez? Si alguna vez lo supe con exactitud, lo he olvidado hace mucho, pero con toda seguridad debió haber sido antes de los veinte años. El libro más antiguo que conservo de él, *Divina floración*, contiene el poema en prosa, "Caravana de mendicantes", leído por su autor la noche del 5 de diciembre de 1924 en el teatro Degollado, en la velada conmemorativa del centenario Cabañas (el obispo fundador del hospicio homónimo) y antes de este librito, según consta allí mismo, tenía su autor publicados tres más: *Tipos de*

actualidad, *Ceguera roja* y *Llama de amor viva*, el primero de los cuales no lo conocí nunca. Por su precocidad también, Agustín Yáñez nos aventajó a todos.

De su obra tapatía, de la nuestra por mejor decir, he de hablar, en fin, de algo cuya omisión sería inexcusable, y que fue, bajo la dirección de Agustín, por supuesto (guía, jefe y capitán lo fue por toda su vida) la aparición, por un año, del quincenal de cultura que llevó el nombre alto, sonoro y significativo, de *Bandera de Provincias*. Sentimos todos que era el momento propicio para un esfuerzo de este género, porque su primer número (mayo de 1929) se adelantó en un mes apenas, a la paz que puso término al conflicto religioso.

Los supervivientes que quedamos de aquel "grupo sin número y sin nombre" (así lo llamamos) podemos hasta hoy ufanarnos de aquella *Bandera* que entonces izamos y que por un año flameó a todos los vientos del espíritu y por sobre la dilatada extensión de la patria. Nuestro mensaje (continúo llamándolo "nuestro" porque mi nombre aparece allí, desde el primer número, aunque, como debía de ser, en último lugar) nuestro mensaje, pues fue a la par universalista y bien mexicano. Por lo primero, allí están los magníficos ensayos de José Arriola Adame sobre Baudelaire, y de Efraín González Luna sobre Joyce y Claudel, ante quien yo me presenté, en mi primer viaje a Europa, llevándole las primicias de la espléndida traducción, hecha por Efraín, de *L'annonce faite à Marie*.

Con la mención de estos dos claros varones de Jalisco que acabo de nombrar, nuestros mayores, aunque no mucho, queda implícitamente declarada la deuda que con ellos contrajimos, todos nosotros, y Agustín fue el primero en reconocerlo así. ¡Cuánto, pero cuánto, en verdad, les debemos! Lo primero y sobre todo, la iniciación en la cultura francesa. Otras disciplinas, las germánicas sobre todo, vendrían después, mas por lo pronto fuimos imbuidos en hábitos cartesianos de rigor y claridad.

A José Arriola Adame, en particular, fuimos deudores de la cultura musical, no la técnica, que jamás la aprendimos ninguno de nosotros, pero sí lo más esencial,

lo más profundo, el espíritu de la música, como diría Federico Nietzsche, aquello que Platón encarecía al decir lo siguiente: “¿No es verdad, Glaucón, que la música es la educación soberana? ¿No es ella la que se insinúa hasta el fondo del alma, y al comunicarle la armonía y el número, la torna bella por extremo?” Domingo a domingo pudimos comprobarlo así, cuando en la casa de José escuchábamos, en aquellas tardes maravillosas, la música incomparable de Juan Sebastián Bach.

Podría decirlo después, pero éste es el momento adecuado para declarar el papel de primera importancia que tiene la música en la novelística de Agustín Yañez. Baudelaire, en sus “correspondencias”, habla tan sólo de las que se dan entre perfumes, sonidos y colores, pero en el novelista jalisciense se corresponden, con igual simbiosis, música y literatura. En *Archipiélago de mujeres*, la primera mujer que desfila por esta adorable teoría se llama “Alda o la música”, y el hechizo de su encanto trasciende en su cautivo a esta confesión:

Yo descubría la música, y la música —dejando de ser para mí un ruido agradable— me convertía en descubridor del universo. Aquella fue la mañana de Pentecostés para mi adolescencia. Un hombre, un espíritu nuevo nacía en mí.

Nacía, como es claro, por la música y al conjuro de la música. La música es la Pentecostés, porque, como en el Nuevo Testamento, es la plena revelación del espíritu.

A medida que avanzamos en la obra de Yañez, impónese con creciente imperio la música, hasta en la contextura misma de la novela, una música, por lo común, de carácter religioso, sobre todo en las páginas de *Al filo del agua*. El paroxismo final de Luis Gonzaga, por ejemplo, tiene por música de fondo el himno del viernes santo, “Adelántanse las banderas del rey” (*Vexilla regis prodeunt*) y en toda la composición de la novela, su autor, según lo declaró él mismo reiteradas veces, tuvo por disco de cabecera el *Requiem* de Fauré, el de mayor poesía, sin duda, entre todos los de su género; un canto de esperanza cuyo final, “*In paradisum*”, es la mejor traducción sonora del alma en el momento

de expirar. Siempre que lo escucho, Agustín, se me hinca tu recuerdo.

¿Qué más aún? Una de sus novelas más ambiciosas, *La creación*, está construida como una sinfonía y es, en efecto, la vida de un músico, vida que no es otra cosa, según dice José Luis Martínez, que “el traslado de sus propias experiencias literarias (las de Agustín Yáñez) a las de la composición musical”. Es obra, por cierto, de gran virtuosismo. Gabriel, el protagonista, el antiguo campañero de *Al filo del agua*, sueña en plasmar en material sonoro la vida nacional que fluye en torno suyo, aun en sus aspectos más repulsivos o pedestres. Contemplando, por ejemplo, la turba de pretendientes y pedigüños, que engrosa con cada día de los que preceden a la transmisión del mando, el músico duda si aquel “contrapunto de necesidades y esperanzas” habrá de expresarlo en una marcha fúnebre o, por el contrario, en un *scherzo* grotesco, “que parecería lo más adecuado”.

Al cabo de un año, pues, de tremolar nuestra *Bandera*, la arriamos tranquilamente, no porque nadie la hubiera abatido, sino porque habíamos dicho ya lo que en aquel momento teníamos que decir, y porque, además, a la mayoría le corría prisa por liar sus bártulos para venirse a México, tirado cada cual por su afición: *trahit sua quemque voluptas*. En mí, por ejemplo, el motivo determinante del éxodo fue el derecho internacional, que desde estudiante amé con gran pasión, y que no podía cultivar en grande sino en México y, más tarde, por el ancho mundo.

En cuanto a Agustín Yáñez, “me vine a México –así lo dijo– sobre todo porque deseaba estudiar filosofía” (entrevista con Emmanuel Carballo). Por la creación de una facultad de filosofía, en aquel tiempo inexistente en la Universidad de Guadalajara, habíamos abogado inútilmente, él y yo, desde las páginas de *Bandera de provincias*, y pasaron años antes del cumplimiento de aquel voto.

Nada podía llenarnos del todo, en efecto, fuera de la posesión, o al menos la pesquisa, del saber supremo en el orden natural, el saber autónomo y pantónomo, el

que a todo se extiende y que no reconoce ninguna instancia ulterior. ¡Con qué fervor sentíamos todo esto en la juventud, la edad en que están aún intactas las potencias de admiración! Ahora bien, la filosofía, según lo dijo Aristóteles, brota de la admiración, y por esto la filosofía es, en realidad, la fuente de la eterna juventud.

Con este entusiasmo, pues, nos sentamos, Agustín y yo, en los escaños de la cátedra de Antonio Caso, el maestro que proseguía su obra benemérita de restauración de la filosofía, en la Escuela de Altos Estudios, huésped o arimada, como si dijéramos, de la Escuela Nacional Preparatoria. Por extraño que parzca, todavía en 1930 la filosofía no se atrevía aún a pronunciar su nombre, y continuaba siendo, como en el célebre discurso de Justo Sierra, la vaga figura de implorante que rondaba en torno de los *templa serena* del saber.

Sería largo hacer el inventario de lo que allí aprendimos y de tal maestro, pero creo que lo principal y lo más duradero estuvo, por una parte, en la fenomenología y, por la otra, en la filosofía de los valores.

En sus años mozos, con Bergson y con Boutroux en la mano, Antonio Caso se había batido, en un duelo a muerte, con el positivismo, el de Comte y Barreda, por supuesto; y ahora, al entrar en la vejez, armado esta vez del pensamiento germánico, defendía —o por lo menos no lo combatía— un neopositivismo, sólo que no el del fenómeno sensible, sino el del fenómeno dado en la intuición de la conciencia pura, el positivismo de las esencias, como llegó a llamarse, por aquella época, la filosofía de Husserl.

Nosotros, Agustín y yo, no fuimos nunca profesos de esta filosofía, ni creímos tampoco que la fenomenología fuese, como lo pretendía Husserl, una ciencia rigurosa. Lo que sí era, en cambio, era una técnica rigurosa, rigurosísima, con su doble reducción, con su disciplina implacable de atenerse a lo dado, no a lo construido, lo cual me fue después de gran auxilio en el campo del derecho, donde a menudo lo construido anticipa ilegítimamente sobre lo dado, con lo que desde el principio se estraga todo.

En la filosofía de los valores, a su vez, recibimos, a través de Caso, el influjo bienhechor de la escuela de Baden, Windelband y Rickert, y luego de Max Scheler, uno de los mayores filósofos de nuestro siglo, el único tal vez que pudo hombrarse con Kant para difundir un contenido en el formalismo ético. "En el fondo de la noche las estrellas, y en el fondo de mi corazón la ley moral", había dicho Kant, pero ahora resultaba que la ley moral era también una constelación estelar, una galaxia mejor dicho, con los valores (porque ni siquiera se les podía llamar esencias) que tapizaban el firmamento axiológico, y que alumbraban, conforme los captábamos en la percepción sentimental, los derroteros de nuestra vida, las avenidas, hacia todos los horizontes, del pensamiento y la conducta. ¡Qué maravilloso, qué promisor, qué deslumbrante se nos aparecía todo aquello!

Si me he detenido por unos momentos en la formación filosófica de Agustín Yáñez (llegó a graduarse de maestro) ha sido sobre todo por creer que en mucho contribuyó aquélla a comunicar hondura y reciedumbre a su pensamiento en general, y posiblemente también, aun en la composición misma de su obra de ficción, no en toda ella, desde luego, pero sí tal vez en buena parte. *La creación*, por ejemplo, ¿qué otra cosa es sino la trasposición musical de la oposición dialéctica entre la Afrodita pandemia (Pandora) y la Afrodita urania (Victoria) para llegar a la cual, e igual que en el *Banquete*, es forzoso pasar por la primera?

Pero en fin, y sea de ello lo que fuere, el hecho es que Yáñez no llegó jamás a ejercer profesionalmente, magisterialmente, la filosofía. No fue así porque, como desde el principio se sintió creador (por lo menos ésta ha sido mi interpretación), comprendió muy bien que en filosofía, en estos países y en el medio enano en que aún nos movemos, no es posible llegar a ser, en el mejor de los casos, sino un honorable profesor, pero jamás un filósofo en la genuina acepción del término. Por ahora no podemos hacer otra cosa que transmitir, de generación en generación, la antorcha de la sabiduría, según la recibimos de nuestros mayores, de la Grecia antigua a los

días que vivimos. Muchos años han de pasar, siglos tal vez, hasta que pueda aparecer entre nosotros un sistema filosófico más o menos original, y por algo Antonio Caso gustaba de repetir que la última expresión, la flor suprema de una cultura es un sistema filosófico.

Por esto, pues, en suma, echó Agustín por las letras antes que por la filosofía, porque sintió que, aun con todo nuestro oceánico subdesarrollo, todavía es posible, entre nosotros, la creación literaria, como lo prueba, para no ir más lejos, nuestra gran poesía. No que sea nada fácil, por supuesto, y porque, además, no caben en esto términos medios. En literatura, dijo alguna vez Balzac, no se puede ser sino rey o miserable. Agustín Yáñez, por él, se sintió con la capacidad de ceñir algún día la diadema de las letras patrias, y por esto aceptó el envite.

Para llegar a tanto, no se concedió un solo día de reposo desde que llegó a México. Una década, en números redondos, estuvo sin publicar nada, pero no por esto dejaba, día con día, de majar en la materia hostil, o de poner —era una comparación que le gustaba mucho— hoy un ladrillo y mañana otro, con los hábitos obreros que corrían en el río de su sangre.

Antes de la creación propiamente dicha, la creación en grande, van apareciendo los ensayos que integran el ciclo que José Luis Martínez resume bajo el título de la indagación del alma mexicana. A este fin conspiran los prólogos que publicó en la “Biblioteca del Estudiante Universitario”, *Mitos indígenas y Crónicas de la conquista*. En este último volumen el prologuista empieza con la siguiente categórica declaración:

La mexicanidad, como fisonomía cultural vigente, nace del recio ayuntamiento de fuerzas, entre sí extrañas, que fue la conquista. Ni esa fisonomía es, como algunos quieren, la arcaica forma de las culturas autóctonas, ni tampoco, según la pasión de otros, lo español absoluto que ahoga y suplanta categóricamente —absurdo histórico— cuanto los siglos edificaron en el alma y la tierra aborígenes. No era posible tamaño arrasamiento, ni España se lo propuso.

Dentro de esta concepción, la única que hace justicia a los hechos —a lo dado antes que a lo construido, según

las directrices fenomenológicas— están los múltiples estudios lascasianos de Agustín Yáñez. Las Casas, en efecto, acabó siendo tan mexicano como cualquiera de nosotros, y así se nos muestra en la estupenda biografía que Yáñez escribió de quien llama ya el “compadre y doctor de la americanidad”. Por algo Menéndez Pidal, cuando se le subió lo gachupín a la cabeza, hizo de Las Casas un esquizofrénico, porque no podía soportar que en el protector de los indios llegara a ser, en cierto momento, tan vivo y actuante lo mexicano como lo español, o por ventura más aún.

Lo mexicano, por lo demás, no está jamás ausente de la obra de Agustín Yáñez, no sólo de la historiografía, sino también, y con eminente inclusión, por cierto, de la novelística. En esto difirió siempre él —y con él, por concomitancia inmediata, los “abanderados” del 29— de los “Contemporáneos”, de su esteticismo y de su extranjerismo. Toda la obra de Yáñez, en una u otra forma, tiene a México por correlato. Lograr, a través de todos sus libros, el “retrato de México”, fue, según lo dijo él mismo, “el plan que peleamos”.

Explíquese como se quiera, una vez más, pero el hecho indiscutible es que la obra mayor de Yáñez, la mayor en absoluto, la que le asegura, por ella sola, la inmortalidad, *Al filo del agua*, es, al mismo tiempo, la más mexicana de sus novelas. ¡Cómo no va a serlo, si es la vigilia de la revolución mexicana, el bochorno que precede a la tempestad! Es, en efecto, la bella traducción de Mathilde Pomès, quien vierte *Al filo del agua* por *Demain la tempête!*, *The edge of the storm*, en la versión inglesa, o *Sul'orlo della tempesta*, en la versión italiana.

Entre lo mucho y a menudo muy bueno que se ha escrito sobre *Al filo del agua*, me limitaré, por razones obvias, a dos juicios apenas. El primero, muy sintético pero muy justo, muy preciso, es el de Emmanuel Carballo, y dice así: “*Al filo del agua* es la novela más armónica escrita en México en lo que va del siglo xx... El estilo, la estructura, la creación de personajes, la atmósfera en que se desarrollan los hechos, son perfectos”.

El segundo comentario, que a mí por lo menos me parece muy sugerente, es el de Xavier Gómez Robledo, quien por doce años consecutivos ha explicado *Al filo del agua* desde su cátedra de literatura en la Universidad de Guadalajara. Xavier, pues, se enfrenta a ciertos críticos para los cuales no sería aquella obra una verdadera novela, dizque por faltarle acción, fuera de ciertas peripecias, como las de Micaela, Damián y don Timoteo. Pero no es así, arguye por su parte el profesor tapatío, antes por e contrario debe verse en la célebre novela no sólo un auténtico drama (drama quiere decir acción) sino un gran drama colectivo, aunque de lento y oculto desenvolvimiento para la mayoría de los personajes, tal y como acontece en *Los persas* de Esquilo, comparación que su autor declara luego del modo siguiente:

En *Los persas*, los ejércitos de Xerxes, que se creían invencibles, van a la tragedia, sin presentir en lo más mínimo lo que se cierne sobre ellos. En *Al filo del agua*, cada personaje va hacia la tragedia, porque ninguno ha resuelto bien sus problemas, y casi ninguno cae en la cuenta de ello. A la tragedia va el pequeño pueblo y toda la república, y casi todos lo ignoran. El único clarividente es el viejo Lucas Macías, el filósofo pueblerino, que es como el coro griego que advierte a los demás la catástrofe inminente. Es él quien pronuncia la famosa frase (de donde salió el título de la novela) que tiene en los labios la gente de Los Altos de Jalisco cuando comienzan a caer las primeras gruesas gotas que preceden a la tormenta: Estamos al filo del agua.

La ascensión al poder, al supremo gobierno de su Estado, es el último toque en la recia personalidad, multiforme y versátil, de Agustín Yáñez, y acaba de configurarlo como “todo un hombre”.

Digámoslo de una vez, sin hipocresías ni pudibundeces: la pasión del poder es una pasión sana y fuerte, en el varón por lo menos, y sobre todo en el intelectual. ¿No habló Anaxágoras del “intelecto piloto”, en cuyas manos debe estar el gobernalle? En la Grecia antigua, por lo menos, no se hizo de esto el menor aspaviento, y con la sola excepción de Sócrates, hasta donde yo sé, todos los demás pensadores, con Platón a la cabeza,

persiguieron hasta el fin el sueño del rey-filósofo, la entrañable simbiosis entre sabiduría y poder.

Agustín Yáñez, pues, había nacido para mandar, y era natural, por lo mismo, que amara el poder; pero lo amó no con fines crematísticos, ni para prostituir un bien tan alto como es el mando, a un bien tan vil como el dinero. Sus hábitos frugales estuvieron a la vista de todos, y murió en la misma modesta casa que construyó, cincuenta años antes, cuando se vino a luchar a México.

Si amó el poder, en suma, fue para hacer el bien, para servir a los suyos, a la comunidad que le confió el regimiento de sus destinos. Como el Hijo del Hombre, Agustín Yáñez no vino a ser servido, sino a servir, como escritor, como maestro, como gobernante. Siervo de la nación, como Morelos; el más alto título de gloria que, desde que lo dijo quien lo dijo, puede reclamar un mexicano.

Por último —y por motivo alguno podría yo dejar de decirlo— por mucho que haya perseguido Agustín Yáñez, al igual que Platón, la alianza entre el poder y la sabiduría, supo siempre reservar a esta última el rango supremo en la escala axiológica. Muchas veces le oí decir, a este propósito, que el mayor honor, entre los muchos que conquistó, era el de ser miembro del Colegio Nacional, el honor, es decir, de profesar la ciencia y el saber en general, desde la cátedra más alta del país.

En todo fue grande Agustín Yáñez. “Mi dimensión es la grandeza”, lo dijo por boca de Gabriel, el campanero-músico.

Por sus servicios a la nación, como educador, como maestro, como gobernante, por la calidad eximia de su creación literaria, por la ejemplaridad de su vida, por tantos méritos, en fin, como en él concurrieron, el gobierno de la República, por decisión personal del titular del poder ejecutivo, ordenó la inhumación de sus restos mortales en la rotonda de los hombres ilustres. Su tumba está allí, aunque en realidad se prolonga mucho más allá, porque, según las palabras eternas de Pericles, “la tierra entera es la tumba de los hombres ilustres”. Por toda la

tierra, en efecto, están sus obras en tantas traducciones y bajo los ojos de tantos lectores, por centenas, por miles...

¿Cómo podría yo, en un desafío a la clepsidra implacable, resumir la vida y la obra de Agustín Yáñez? Yo mismo, claro está, no podría hacerlo, pero sí los poetas, y más en concreto el poeta Francisco Liguori, de quien traslado el siguiente soneto:

Un pueblo de mujeres enlutadas
al filo del amor o de la muerte;
archipiélago ideal que se convierte
en sombras ojerosas y pintadas.

Tierras flacas o pródigas, captadas
por un tácito espíritu que advierte
cómo el tiempo litúrgico revierte
realidades, en sueños conquistadas.

Vivir la corte sin perder la aldea;
ejercer el gobierno y la enseñanza,
unir letra y acción en la tarea,

y morir con la última esperanza
de haber cumplido el plan que se peca:
lograr de la nación la real semblanza.

A un bienio bien corrido de tu muerte, y mientras
nos vemos de nuevo y muy pronto (por mí, a lo que es-
pero, por la montaña de los siete círculos) yo me despi-
do de ti, amigo y hermano Agustín, con la voz de
nuestro poeta más íntimo, nuestro poeta tapatío, Enri-
que González Martínez,

“hasta la hora
en que rompan los muertos su clausura
al toque de clarín de nueva aurora”.

Al filo del agua: 50 años después

Jaime Olveda
El Colegio de Jalisco

En 1947 apareció la primera edición de *Al filo del agua*, la novela de Agustín Yáñez que más reimpresiones ha tenido, la que se ha traducido a un número mayor de idiomas y la que más se ha analizado por parte de los críticos literarios. Si tomamos en cuenta estas tres apreciaciones, podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que se trata de la mejor novela que escribió don Agustín.

Cuando este espléndido libro salió a la luz pública, la humanidad vivía los primeros años de la posguerra. Los gobiernos europeos trabajaban intensamente para reconstruir lo que la Segunda Guerra Mundial había echado por tierra. En París, Berlín y otras ciudades dañadas por los bombardeos, miles de hombres trabajaban de día y de noche en la reedificación. Los japoneses, a su vez, también empleaban horas extras para acelerar la reconstrucción, estimulados por un *spot* que les recordaba que sólo los muertos tenían derecho a descansar. Estados Unidos, por su parte, aprovechando la crisis de Europa, hundía sus raíces imperialistas en América Latina por medio de la exportación de capital y la extracción de los recursos naturales.

Al finalizar la primera mitad del siglo xx, tiempo en el que apareció *Al filo del agua*, México era un país eminentemente agrario e iletrado. Su población vivía dispersa en pequeños poblados y estaba controlada por algunos caudillos de la Revolución Mexicana o por caciques regionales que surgieron a la sombra de este movimiento social. Muchos de los pueblos aún se mante-

nían incomunicados por falta de carreteras y entre los múltiples problemas que padecían destacaban la pobreza, la insalubridad y el analfabetismo. El gobierno de Manuel Ávila Camacho (1940-1946) había iniciado un programa de construcción de carreteras y de reconciliación entre los grupos políticos con el propósito de lograr la unidad nacional y aumentar el índice productivo. La imagen de ese México agrario y pobre fue difundida por el cine en películas como “Soy charro del Rancho Grande” y “Los olvidados”, esta última dirigida por el célebre cineasta español Luis Buñuel.

Al filo del agua aparecía justo en el momento en que Yahualica, el lugar del arzobispado en que Yáñez se inspiró para escribir esta novela, rompía por fin con su crónico aislamiento al inaugurarse la carretera asfaltada que la comunicaba con Guadalajara, vía Tepatlán. La población adulta de entonces, perteneciente a una generación nacida a fines del siglo XIX o principios del XX, cuyas estructuras mentales fueron moldeadas por esa confinación que dificultó mucho el contacto con otros lugares, dejaba atrás su vida solitaria y ensimismada para incorporarse al contexto nacional y a la modernidad. Las sociedades que por siglos vivieron en la soledad, es decir, desconectadas de los grandes centros de consumo, de las capitales políticas y alejadas de los caminos principales, fueron comunidades cerradas, mucho más tradicionalistas y religiosas que las demás. Las relaciones sociales, las costumbres y la forma particular de ver el mundo de estos pequeños universos premodernos, tradicionales o del antiguo régimen, como dirían algunos historiadores, fueron descritas por don Agustín de una manera magistral.

En una pequeña nota aclaratoria que antecede al “Acto preparatorio”, el autor aclaró al lector que *Al filo del agua* bien podría titularse “El antiguo régimen”, precisamente por el tipo de sociedad que describe; o “En un lugar del Arzobispado”, por la enorme influencia que tenía la Iglesia en la vida de todos los que formaban parte del conglomerado social. Yáñez prefirió recurrir a las divisiones eclesiásticas que a las políticas. Pudo haber

dicho, por ejemplo, en un lugar de México, de Jalisco o del cantón de Guadalajara o de Lagos. El hecho de haber utilizado los criterios eclesiásticos, indica claramente cuál era el marco de referencia que utilizaba la gente de Yahualica, por un lado, y que las familias se sentían más identificadas con las autoridades religiosas que con las civiles, por el otro. Hasta 1946, los habitantes de este pueblo nunca presenciaron la visita de un gobernador; en cambio, los obispos desde la época colonial periódicamente lo habían hecho.

Por su forma y contenido, *Al filo del agua* es la novela de Yáñez que más ha llamado la atención de los críticos literarios. De ella se han ocupado numerosos autores, cuyos comentarios aparecen publicados en periódicos, revistas especializadas, libros y memorias, como la que prepararon Ivette Jiménez de Báez y Rafael Olea Franco, en ocasión del quincuagésimo aniversario de la primera edición. Entre los intelectuales mexicanos que se han preocupado en analizar aspectos específicos de esta novela figuran Jaime Torres Bodet, Carlos Pellicer, Rosario Castellanos, Arturo Azuela, Alberto Bonifaz Nuño, Emmanuel Carballo, Raúl Cardiel Reyes, Carlos Elizondo, Víctor Flores Olea, Ricardo Garibay, Antonio Gómez Robledo, José Luis Martínez y María del Carmen Millán. La lista de los extranjeros también es muy larga. Entre los autores franceses figuran Jean Franco, Marcel Brion, Jean Didier y René Marchand. Con respecto a los norteamericanos podríamos citar a Donald William Devey, Frank Durand, Phillip Lance Hadley y Ned Davison Hancock. Si inventariáramos las tesis de licenciatura, maestría y doctorado que también se han ocupado de la novela y que reposan en los anaqueles de las bibliotecas de muchas universidades, la lista de los interesados crecería de manera sorprendente.

Pero, ¿qué aspectos de la novela analizaron estos autores? De manera detallada han examinado el estilo, la estructura interna, la sexualidad, la Revolución Mexicana, la ficción, la religión, los personajes, la visión apocalíptica, la narrativa, el contenido social, el tradi-

cionalismo, la modernidad, etc. Esta revisión, rigurosa y exhaustiva, permite al lector no especializado entender mejor la novela y al autor.

Lo que yo veo en ella, aparte de lo que han dicho los autores mencionados, es que se trata de una novela sobre el miedo; de un miedo que inmoviliza y que impide la acción. ¿Miedo a qué? A los malos pensamientos y a sentir cualquier deseo, porque ambos conducen al pecado y éste a la condenación eterna. Pánico al infierno, a la muerte y al juicio final. La sociedad descrita por Yáñez vivía atemorizada por las tentaciones terrenales, por las ideas y las novedades provenientes de fuera que pudieran atentar contra la integridad, las buenas costumbres y el dogma religioso. Cada uno de los personajes vivía recordando a diario una frase repetida por muchas generaciones, la cual frenaba cualquier placer mundano: “¡Morirás, morirás, y con el demonio te encontrarás!” Los defensores de estos peligros eran el arcángel San Miguel y el señor cura Dionisio María Martínez, fieles guardianes de los valores del pueblo. La lucha cotidiana de ambos consistía, precisamente, en preservar a las familias del pecado. Como el mal acechaba a diario, en la mayoría de las casas siempre había agua bendita para ahuyentar a los malos espíritus cuando éstos se apoderaban del pensamiento.

Los adultos tenían dos ocasiones para expiar sus culpas y lograr el perdón de los pecados cometidos, y así liberarse del miedo a la condenación eterna. Una era cuando recurrían a la confesión y la otra durante la cuaresma, cuando se enclaustraban en la casa de ejercicios para hacer oración durante el día y, por la noche, castigar el cuerpo con el propósito de disciplinarlo y alejarlo de la tentación. La flagelación contra la carne empezaba con el canto de “Perdón ¡oh Dios mío! Perdón e indulgencia”.¹ El castigo que se aplicaban los ejercitantes era purificante, reconfortante y liberador porque devolvía al alma la tranquilidad y la paz interior. Después de orar y repasar los temas tratados en los sermones, en las pláticas y en las lecturas, los ejercitantes salían tranquilos, purificados, sin culpas, ni remordimientos. Una semana

1. Agustín Yáñez. *Al filo del agua*. 17ª ed. México: Porrúa. 1982, p.60.

de encierro podía ser suficiente para acercar el alma a Dios. Esos días se dedicaban a la contemplación de los pecados, al arrepentimiento y a meditar sobre la vida, pasión, resurrección y ascensión de Cristo.

En otras épocas del año, los correctivos se practicaban con frecuencia y con el mismo rigor. Por ejemplo, la vez que Timoteo Limón vio a Gertrudis y a Margarita bañarse desnudas en el arroyo de Las Trancas, se impuso como castigo no ir a la feria de San Marcos que se celebraba en Aguascalientes con el propósito de lograr el perdón y liberarse del remordimiento que lo atormentaba. Damián se castigó a sí mismo porque sabía que los cinco sentidos, entre ellos, la vista, debían emplearse para gloria de Dios y no para fomentar las pasiones humanas. El relato que hace Agustín Yáñez sobre estos temas en el capítulo "Ejercicios de encierro" es acerca de ese miedo colectivo que inmovilizó a los personajes de la novela.

En *Al filo del agua* todos los personajes son pecadores y, de una manera u otra, expresan su miedo hacia el juicio severo de un Dios apocalíptico, hacia el diablo y hacia la tormenta o el cataclismo que previó Lucas Macías, "el historiador de palabra".

Los miedos tenían su origen precisamente en el aislamiento, en la falta de comunicación con el exterior y en la estrechez del medio. El lugar del Arzobispado al que se refiere Yáñez es reducido y asfixiante, y dentro de ese espacio restringido las canicas —las vidas— chocan y ruedan. En sus viajes frecuentes a Yahualica, don Agustín pudo darse cuenta de lo difícil y pesado que era para los habitantes de este pueblo venir a Guadalajara, porque tenían que emplear tres días a caballo y padecer las incomodidades y los riesgos que se corrían al bajar y subir la barranca del río Santiago, razón por la cual prefirieron no salir de los límites del municipio. La gran mayoría murió sin conocer siquiera Cuquío o Ixtlahuacán del Río, o Nochistlán y Teocaltiche por el lado de Aguascalientes. María y Marta, las sobrinas del señor cura Martínez, a sus 21 y 27 años de edad, respectivamente, nunca habían salido del pueblo. La

máxima ambición de María era conocer Teocaltiche y a solas, sin contárselo a nadie, se imaginaba cómo sería una ciudad. Como tenía el vicio de leer, María alimentaba su imaginación con cualquier impreso que caía en sus manos, y leyendo a hurtadillas se enteraba de cómo era el mundo. El aislamiento, incluso, había generado el miedo a viajar. Cuando el señor cura supo, por medio de un periódico, que en la diócesis se estaba organizando una peregrinación para ir a la Villa de Guadalupe, aconsejó a sus feligreses que no fueran a la Ciudad de México porque el viaje tenía “muchos peligros para el alma y el cuerpo”.

En el “Acto Preparatorio”, Yáñez se refiere al lugar de las mujeres enlutadas como “pueblo cerrado”, que equivale a decir aislado, incomunicado o apartado, en donde “los miedos asoman, [y] agitan sus manos invisibles, como de cadáveres, en ventanas y puertas herméticas”.

El miedo, los miedos —recalca Yáñez—, rechinan en las cerraduras de las puertas, en los goznes resecos de las ventanas; y hay un olor suyo, inconfundible, olor sudoroso, sabor salino, en los rincones de los confesionarios, en las capillas oscurecidas, en la pila bautismal, en las pilas del agua bendita, en los atardeceres, en las calles a toda hora del día, en la honda pausa del mediodía, por todo el pueblo...²

Esos miedos y deseos reprimidos escapaban en las noches de luna;

pueden oírse sus pasos —puntualiza Yáñez—, el vuelo fatigoso y violento, al ras de la calle, sobre las paredes, arriba de las azoteas ... Los deseos vuelan siempre con ventaja, en las noches de luna; los miedos corren detrás, amenazándolos ... Y en la madrugada, cuando hay luna, cuando la campana toca el alba, recommienza el brincar de los deseos jugando con los miedos. La mañana impone la victoria de los últimos...

es decir, de los miedos que atormentan y esclavizan.³

Yo recuerdo que en la Yahualica de mi niñez, los miedos estaban por todas partes. Atemorizaban, inmovilizaban, preocupaban y sometían a hombres y mujeres, quienes, a su vez, transmitían sus temores a los niños. Cada noche, en el seno del hogar, después

2. *Ibid.*, p. 7.

3. *Ibid.*, pp. 7-8.

de la cena y rezar el rosario, los hijos se sentaban a los pies de sus padres para escuchar el relato detallado de un niño o un joven, que por desobedecer a sus progenitores, el diablo lo había arrastrado hasta causarle la muerte. Los miedos hacían que todos vivieran en constante penitencia y obligaban a llevar una vida austera, siempre recatada, sin comodidades, porque la vida no merecía regalos.

Algunas de estas reflexiones y otros aspectos fundamentales de la novela que se viene mencionando son analizados en el libro que prepararon Ivette Jiménez de Báez y Rafael Olea Franco con el título de *Memoria e interpretación de Al filo del agua*, publicado por El Colegio de México. Los artículos que contiene este texto fueron las ponencias que se presentaron en el Coloquio Internacional Cincuenta Años de *Al filo del Agua* de Agustín Yáñez, el cual se llevó a cabo en El Colegio de México entre el 6 y el 7 de noviembre de 1997. Este coloquio, al que asistieron 23 especialistas en literatura hispanoamericana, fue organizado en mesas de discusión y el mismo criterio temático aplicaron los coordinadores al agrupar los trabajos que conforman el libro. A lo largo de los seis apartados en los que quedó dividido, se encuentran valiosas y profundas observaciones en torno a la novela que nos venimos refiriendo. De entrada, me parece muy oportuno que Ana Rosa Domenella, una de las ponentes, haya retomado el concepto que usó Italo Calvino para definir lo que es un clásico. Según este autor, "un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir", en el que cada relectura es una lectura de descubrimiento como la inicial.⁴ Desde que apareció la primera edición, *Al filo del agua* ha estado en constante relectura, y cada vez que la releemos percibimos nuevas imágenes, signos y significados. Es por ello que esta novela figura en la lista de los clásicos de la literatura mexicana del siglo XX. Todos los participantes del Coloquio Internacional Cincuenta Años de *Al filo del Agua*, cuyos trabajos aparecen publicados en la *Memoria*, confiesan haberla releído varias veces para encontrar y descubrir nuevos elementos en su arquitectura interna, en su cons-

4. "Mujer, Iglesia y patriarcado en *Al filo del agua*", Ivette Jiménez de Báez y Rafael Olea Franco (eds.), *Memoria e interpretación de Al filo del agua*. México: El Colegio de México, 2000, p. 149.

5. "De Yahualica a Comala: un camino entre la representación y la construcción simbólica", *ibid.*, p. 25.

6. "Huellas pictóricas en *Al filo del agua*", *ibid.*, p. 238.

7. *Op. cit.*, p. 157.

8. "Prólogo: *Al filo del agua*, cincuenta años después", *ibid.*, pp. 10-11.

trucción simbólica, en su programa narrativo y en las motivaciones del autor. En el artículo de Luzelena Gutiérrez de Velasco se destaca, por ejemplo, que en la novela hay tres núcleos de significación: el luto, la oclusión y la sequedad del paisaje.⁵ En efecto, estos tres núcleos son los ejes centrales de la narración. Las mujeres enlutadas, nos explica Edith Negrín, "representan el espíritu del pueblo ... su ropa oscura da constancia de la portentosa vida de la muerte en la región".⁶ El aislamiento y la aridez del suelo se suman a los cuerpos fríos "envueltos en mortajas negras" —como lo dice Ana Rosa Domenella— para completar esa imagen desolada y triste.⁷

Pero no sólo la novela resulta interesante para los especialistas en literatura hispanoamericana. Como lo indica Yvette Jiménez en el Prólogo de la *Memoria*, la obra literaria de Yáñez "es un rico mosaico de la historia de México", porque existe "una analogía entre los procesos internos del pensamiento y la sensibilidad de los personajes, y los procesos históricos".⁸ En consecuencia, el historiador y el sociólogo pueden encontrar en esta novela un rico material para estudiar las estructuras mentales y la vida cotidiana de una sociedad agraria tradicional que no fue afectada por la supuesta modernidad que implantaron las Leyes de Reforma y la industrialización del porfiriato. Ahí están narradas las preocupaciones, las frustraciones, los sueños, los pensamientos y las ansias de una comunidad que vivió sofocada, sin el oxígeno que proporciona el contacto con los demás.

Aunque algunos capítulos o temas de la novela abordados por los autores ya han sido examinados con anterioridad, como el "Acto Preparatorio" y la religiosidad, la lectura de los trabajos que integran la *Memoria* no es ociosa porque en ellos encontramos otras conclusiones que permiten comprender mejor la novela y, a su vez, revisar y cuestionar lo que otros escritores han dicho sobre la obra literaria de Agustín Yáñez. Entre los aspectos novedosos que se comentan están la influencia que pudo haber tenido la Biblia y la obra de Juan Bautista Vico sobre Yáñez, la semejanza y los nexos que hay entre *Al filo del agua* y *Don Quijote de la*

Mancha, y el papel que desempeñan las mujeres, temas tratados con mucho profesionalismo por Ignacio Díaz Ruíz, de la UNAM; John Skirius, de la Universidad de California; y por Ana Rosa Domenella y José Carlos González Boixo, académicos de la UAM y de la Universidad de León, España, respectivamente.

Me parecieron sumamente interesantes los planteamientos de este último autor con relación a la relevancia de los personajes femeninos en el entramado de la novela. "Lo cierto es que la mujer —dice González Boixo— es protagonista indiscutible" y, para demostrarlo, analiza a cada una de ellas. Comienza con Micaela, quien a su regreso de México y Guadalajara sintió que ya no podía seguir viviendo en el pueblo y, ante la imposibilidad de abandonarlo, decidió rebelarse en contra de una religión que identificaba la sexualidad con el pecado. Con el mismo rigor analítico ve a las demás protagonistas: Mercedes Toledo, Victoria y las sobrinas del señor cura. La imagen de la mujer que proporciona la novela, afirma este autor, es dual; por un lado, encarnan el pecado; y, por el otro, son la negación de la sexualidad al vivir con luto permanente.⁹

Asimismo resulta muy interesante el artículo de Edith Negrín, en el que se destacan las fuentes de los siglos XVI, XVII y XVIII en las que Yáñez recogió los conceptos de la muerte y de la salvación eterna que empleó en la novela. Los trabajos de Yvette Jiménez y Rafael Olea acerca de la función sacerdotal y la inminencia del acto preparatorio, sumergen al lector en las profundidades de ese mundo rural, anclado en el pasado. La obra, en su conjunto, ofrece novedosas reflexiones que desde ahora se convierten en un nuevo punto de partida para volver a analizar *Al filo del agua*.

9. "Los personajes femeninos en *Al filo del agua*: transgresión y conservadurismo", *ibid.*, pp. 166-173.

J ESTUDIOS ALISCIENSE S

51

Presentación

Felipe de Jesús Preciado Coronado

Gustavo López Castro

La migración no es un juego

Los niños han sido un sector del flujo migratorio a los Estados Unidos que no ha estado presente de manera consistente en los estudios sobre el tema. El artículo se propone hacer visibles a los niños de la migración y empezar a explorar algunas de las consecuencias sociales de esta parte del fenómeno migratorio, poniendo de manifiesto las relaciones que establecen con otros chicos en sus escuelas (en ambos lados de la frontera) y algunos aspectos que afectan la vida escolar en sus lugares de origen.

Palabras clave: Michoacán, Infancia, Migración, Educación

Lourdes García Curiel

Migración juvenil de Atenguillo, Jalisco, a Estados Unidos

¿Qué significa para los jóvenes el cruzar la frontera por primera vez y trabajar en Estados Unidos?, ¿cuál es la experiencia de retornar a su pueblo?, ¿cuáles son sus motivaciones para reemprender el éxodo?, ¿qué tipo de vínculos se establecen entre los jóvenes y sus comunidades de origen y de destino? En este artículo se intenta dar respuesta a estas y a otras interrogantes, mediante lo que los mismos jóvenes han exteriorizado a través de entrevistas. Ello permite perfilar al joven migrante como un actor que mantiene, construye y renueva vínculos de pertenencia local y extralocal.

Palabras clave: Jalisco, Juventud, Migración, Identidad

Leticia Díaz Gómez

Espacios de socialización en un contexto migrante

En este trabajo se analizan los espacios de convivencia de niños y jóvenes entre los 8 y 15 años de edad, originarios de Ecuandureo, Michoacán, con el objetivo de conocer las imágenes y estereotipos con los que tienen contacto y que están estrechamente relacionados con la génesis de la idea de migrar a Estados Unidos. El trabajo aporta elementos empíricos, principalmente etnográficos, para mostrar estos espacios en donde se lleva a cabo sólo una parte de la socialización del contexto migrante.

Palabras clave: Michoacán, Migración, Estereotipos

Rogelio Marcial

Norteando con mis homies

Los flujos migratorios desde el occidente de México hacia los Estados Unidos han establecido vínculos económicos, sociales y culturales en la conformación de "comunidades virtuales", que quedan incompletas si se les ve solamente desde un lado de la frontera internacional. Algunos jóvenes de barrios populares de Guadalajara han encontrado en la migración una forma de socialización, además de un recurso para la sobrevivencia económica a través de referentes culturales en torno de manifestaciones como el grafiti, el sociolecto, la vestimenta y los tatuajes.

Palabras clave: Guadalajara, Migración, Expresiones juveniles, Comunidades transnacionales